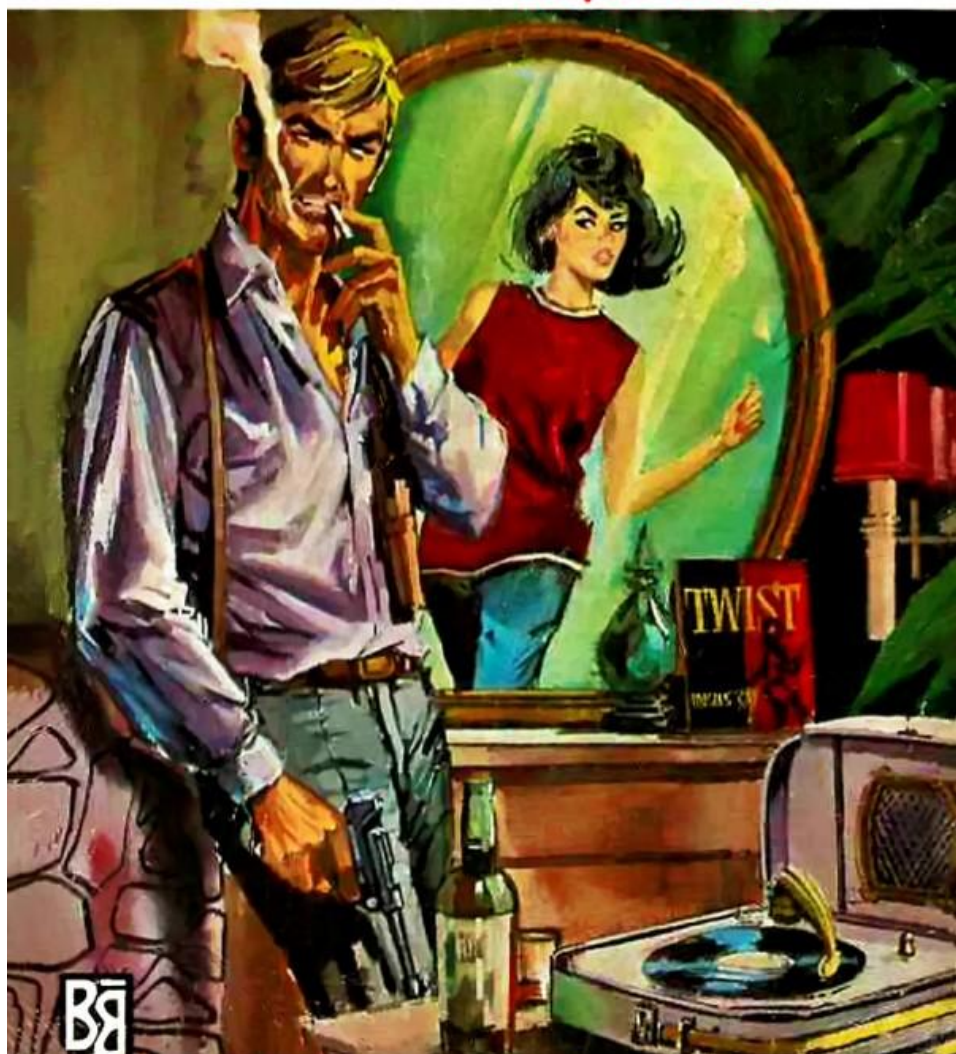


PUNTO
ROJO

el caso del caniche asesinado

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

EL CASO DEL CANICHE ASESINADO

Colección PUNTO
ROJO n.º 335
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal, B. 26.102-1968
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre - 1968

© RALPH BARBY - 1968
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1968

Todos los
personajes y
entidades
privadas que
aparecen en esta
novela, así como
las situaciones de
la misma, son
fruto
exclusivamente de
la imaginación del
autor, por lo que
cualquier
semejanza con
personajes,
entidades o
hechos pasados o
actuales, será
simple
coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

547 — La charca del sapo.

En Colección KANSAS:

449 — Los hijos de la loca.

En Colección CALIFORNIA:

609 — Un hombre debe morir.

En Colección BRAVO OESTE:

390 — La maldición del «Trail».

En Colección SERVICIO SECRETO:

940 — La pirámide de hormigón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

642 — La ley en las venas.

En Colección PUNTO ROJO:

331 — «Scorpio».

En Colección ASES DEL OESTE:

488 — Hace falta un justiciero.

En Colección BISONTE:

1.061 — Los colmillos de Silver.

En Colección BÚFALO:

779 — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Sam Farrow apretó contra su cuerpo la caja que llevaba.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron automáticamente en la duodécima planta de uno de los rascacielos de Nueva York, ubicado en la calle Fullton.

Sam Farrow era un hombre más bien bajo. Incluso en verano, lucía sombrero hongo de fieltro con ala ancha al estilo de los años treinta. Su anatomía, según la opinión de su exesposa, tenía la forma de una pera.

Con las puntas de los zapatos abiertas treinta grados hacia afuera, Sam Farrow anduvo orgulloso hacia una de las puertas, avanzando como un verdadero palmípedo.

Ante la puerta 202 se detuvo y sonrió ampliamente.

A diez pulgadas por encima de sus ojos, una placa negra destacaba sobre el gris claro de la madera. En letras blancas rezaba: «SAM FARROW, DETECTIVE PRIVADO».

Iba a pulsar el timbre pero se contuvo. Sonrió y extrajo las llaves de su bolsillo, poniendo ante sí una de ellas. En voz alta y pese a estar completamente solo, dijo:

—Sam Farrow, esta es tu oficina, esta es tu placa... Vas a ser mejor que Perry Mason.

Introdujo la llave en la cerradura y penetró en la oficina ante-despacho.

La estancia estaba decorada en un estilo semiclásico, con abundancia de objetos pero ninguna secretaria.

Con su caja en la mano y tras cerrar la puerta de un puntapié, se adelantó hacia el despacho en cuyo cristal rezaba: «PRIVATE».

En aquellos momentos, Sam Farrow escuchaba música celestial. Al fin había conseguido la gran ilusión de su vida. Tras largos años de trabajar como dependiente en un empleo anónimo había logrado tener su oficina propia, el carnet de detective privado en el bolsillo y una pistola que manejaba con soltura cuando estaba desarmada.

Empujó la puerta y quedó clavado en el umbral, escrutando la gran mesa de roble barnizada en oscuro.

—¿Sam Farrow? —inquirió la voz dura, metálica e inquisitiva del hombre que estaba frente a él.

Si en aquellos instantes hubiera estado viendo la televisión y un voraz «dogerman» escapara de la pantalla para saltar sobre él con las fauces abiertas, Sam Farrow no se habría asustado ni sorprendido tanto.

Parpadeó pero al final escrutó al hombre vestido de militar con gorra de plato, un oficial sin duda. Unas gafas grandes y oscuras cubrían la única

parte visible de su cara, que estaba inclinada sobre unos folios que había en la mesa.

—¿Sam Farrow? —inquirió por segunda vez sin alzar el rostro.

—Sí, sí, yo soy, pero, ¿qué hace usted aquí? Este es mi despacho, mi oficina... ¿Es que no ha visto el rótulo de la puerta? Sam Farrow, detective privado.

—No sea cretino —masculló el militar que continuaba sin levantar la cabeza—. Si estoy aquí pregunto por Sam Farrow es que sé perfectamente dónde me encuentro.

—Entonces, no me explico... —dijo tartamudeando, sin comprender su situación ni aquella inesperada visita.

—Sam Farrow, se le acusa de espionaje en primer grado. Deberá presentarse en la corte marcial en treinta días a partir de la fecha de hoy.

El paquete que tan orgullosamente portaba en el brazo, cayó al suelo. Su cara se puso pálida como la cera. Después, trató de explicar su inocencia balbuciendo:

—No, no, no puede ser...

—¿Tiene algún pato por ahí? —preguntó el militar con su voz grave y medio sumido en las sombras. Ello le hacía más misterioso, pues las espesas cortinas, ya en desuso en los tiempos actuales tamizaban excesivamente la luz.

—¿Un pato? No, que yo sepa y a menos que haya entrado también.

—Si no hay ningún pato, cierre la boca; debe de ser usted.

—Sí, sí, señor...

El militar levantó la cabeza. Se quitó las gafas y se echó atrás en el asiento prorrumpiendo en carcajadas.

—¡Chris! —chilló Farrow.

—El mismo. ¿Cómo estás, «superman» del barrio?

—No te rías Chris, que ya sabes que me llaman «el Bola» —gruñó Farrow inclinándose hacia el suelo para recoger su caja.

—¿Se ha estropeado lo que llevabas dentro? Sentiría que así fuera.

—Y yo también. Eran mis últimos recursos.

Abrió la caja, poniéndose en cuclillas ante ella.

Chris Sullivan se situó a su lado.

—Parece un transmisor receptor.

—Confío que no solo lo parezca, sino que lo siga siendo.

Con gran alegría por su parte, el flamante detective privado comprobó que su aparato recién adquirido funcionaba. El teniente le palmeó el hombro amigablemente.

—No ha sucedido nada. ¿Te ha molestado mi broma?

—Molestado, no, pero asustado sí. ¿Cómo has podido entrar, si la puerta estaba cerrada?

—Tienes una cerradura muy mala Sam, te lo digo yo que entiendo de

esto. Habrás de cambiarla. Además, en cierto modo soy colega tuyo.

—¿Colega mío? Pero, si eres teniente y por lo que veo, de Infantería de Marina.

—Con base en San Diego.

—¿Departamento de instrucción de reclutas?

—Eso es, soy oficial de la Military Police.

—Vaya, Chris, eso sí es una noticia, pero no puedes comparar a un policía militar con un detective que se va a encargar de descubrir los misterios más grandes.

—Y que va a cobrar mucho dinero —añadió Chris sonriendo, ya puesto en pie junto a su antiguo compañero de juegos callejeros.

Chris Sullivan era todo lo contrario de su amigo Farrow, quien apenas le llegaba al hombro y no poseía la figura alta, un tanto delgada y muy varonil del oficial.

Chris Sullivan era rubio, de ojos muy claros. Su rostro expresaba picardía y dureza cuando sus mandíbulas, algo cuadradas, se contraían.

La frente despejada quedaba reducida a la mitad por la gorra castrense.

—Por supuesto, Sam, que mi vida es más tranquila. Yo no ando persiguiendo monstruos devoradores de chicas dulces y buenas, ni a mujeres que cada mañana llenan de arsénico las tazas de café de sus maridos, pero dime, ¿cómo se te ha ocurrido todo esto? —inquirió mirando en derredor.

Sam Farrow puso cara de circunstancias y dijo:

—Bueno, por poco menos de mil dólares, un ropavejero me ha llenado la oficina de muebles. No es que sean muy modernos, pero le da cierta sensación de misterio, ¿no crees?

—Sí, claro, Sam, pero yo no me refería a tu situación económica, que veo no es muy fuerte, sino a tu idea de pasar de ser un dependiente de las galerías One-Fifth a detective.

Sam Farrow se dispuso a demostrar a su amigo que pensaba hacer algo grande. Por su parte, Chris procuraba no herir la sensibilidad de Sam echándose a reír.

—Desde luego no pienso dedicarme a casos de amor, eso nunca.

—Claro, tú solo casos de homicidio, raptos, desapariciones.

—Eso es, Chris, eso es. El cliente viene a nosotros pero hay que saber escoger al cliente, si no, no interesa —explicó con ademán ampuloso—. Hay que decirles con decisión que está uno muy ocupado.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál ha sido tu primer cliente? Me refiero al primer caso que has resuelto, naturalmente con gran éxito.

—¿Mi primer cliente? —repitió con expresión de vivo asombro en el preciso instante que sonaba el timbre de la puerta. El júbilo se reflejó en su rostro al tiempo que señalaba hacia la puerta—: ¡Ahí, ahí está mi primer cliente!

—Entonces me esfumo, Sam. No quiero estorbarle en tu primer e interesante caso.

—No, no te marches. Tú serás testigo de mi primer caso. Aguarda aquí.

—Como gustes. Si se trata de algún asunto militar quizá pueda aconsejarte, aunque no sin esfuerzo, porque estoy de permiso.

Sam Farrow se alejó por el antedespacho y Chris Sullivan se acomodó en uno de aquellos sillones usados con que el ropavejero había decorado la oficina del flamante detective Farrow.

El oficial escuchó la voz de una mujer que podría tener entre cincuenta y sesenta años. Al entrar en el despacho acompañada de Farrow, vio que no había errado.

No podía decirse que aquella mujer fuera obesa, pero sí estaba entrada en carnes. Llevaba el cabello blanco natural y un vestido estampado en flores. Un gran bolso colgaba de su brazo y a juzgar por el olfato de Chris, debía llevar un salchichón dentro.

—¡Es horrible, detective Farrow, horrible! ¡No sé cómo podré soportar esta pena!

—Pase, pase, señora. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Amely Randall —al descubrir al oficial sentado en el sillón, en un gesto instintivo de coquetería, se retocó el peinado con la mano. Con una sonrisa que borraba su llanto anterior, dijo—: Amely para los amigos.

—Bien, señora Randall.

—Señorita —rectificó la mujer sin quitar la vista del militar.

Este le sonrió irónico, casi burlón. Se había quitado las grandes gafas oscuras que solo servían para protegerle del sol y asustar a alguien como Sam Farrow.

—Le presento a... —trató de decir Farrow.

Poniéndose en pie, Chris le interrumpió:

—Soy un colaborador del detective Farrow. Tiene mucho trabajo y a veces precisa ayuda militar. Espero que usted no venga a plantearle problemas de espionaje o altos secretos militares.

Ante aquella autopresentación, Farrow sonrió satisfecho y agradeció a su amigo con la mirada que le ayudara a darle personalidad.

—Oh, no, no es espionaje. Se trata, se trata...

—Síntese, señora, digo, señorita Randall —indicó Sam—, y trate de explicarme desde el principio todo lo ocurrido.

Ya acomodados, el pequeño y gordo detective tomó un bloc y un bolígrafo disponiéndose a tomar nota.

—Bueno, todo pasó ayer noche.

—¿Robo, hurto, estafa? —inquirió Farrow con gesto grave y suficiente como quien está de vuelta de todo.

—No, asesinato.

Al oír aquella palabra, los ojos del detective brillaron de dicha. No es

que se alegrara de que asesinaran a la gente, pero si tenía la posibilidad de empezar su nueva carrera apresando a un peligroso homicida, saldría en todos los periódicos del Estado de Nueva York y quizá de toda la nación. Sería la mayor satisfacción de su vida.

—¿Asesinato ha dicho, señorita Randall?

Sullivan permanecía serio, escrutando a la mujer con sus inquisitivas pupilas de acero. En aquellos momentos trataba de convertirse en un detector de mentiras humano.

—Sí, eso he dicho, a-se-si-na-to —silabeó lentamente, molesta porque pusieran en duda sus palabras.

—¿Y quién ha sido asesinado?

—El ser que yo más quería en este mundo.

—¿Su marido, acaso? —preguntó Farrow vivamente interesado, comiéndose el plástico del bolígrafo.

—Ya le he dicho que soy señorita —atajó seudoofendida y lanzando a Chris una mirada de reojo.

—Sí, sí, claro, no tiene marido. ¿Su madre, acaso?

—¿Me considera muy joven aún?

—Naturalmente, usted es muy joven todavía —reiteró Farrow para congraciarse con su cliente—. Pero dígame, ¿no es su madre?

—No. El muerto es «Rudy».

—¿«Rudy»? ¿Un sobrino suyo?

—No. «Rudy», mi pobre «Rudy»... —volvió a gimotear— era un caniche de pura raza.

—¿Insinúa que han asesinado a su perro? —balbució Farrow conteniendo su rabia a duras penas mientras Chris Sullivan se cubría la boca con la mano para no estallar en una carcajada.

—Sí, pero no le llame perro. «Rudy» es un caniche y quiero contratarle para que capture a los culpables y los lleve a la cámara de gas. «Rudy» era inteligentísimo y debe tener los mismos derechos que nosotros.

—Por Dios, señorita, su caniche, por muy caniche que fuera —silabeó—, no puede considerarse como un ser humano —hizo una pausa, tratando de controlarse e inyectando una buena dosis de sarcasmo a sus palabras, agregó—: ¿Ha denunciado ya el caso a la policía?

—Sí, ya he ido, pero aunque parezca increíble no me han prestado atención. Soy una contribuyente y sin embargo, casi me... —calló con actitud ofendida.

—¿Qué? —preguntó esta vez el oficial de la Military Police interviniendo.

—¿Tengo que decirlo?

—Sí —asintió Farrow—. Todo lo que pueda dar una pista para apresar al canicida es importante.

—Pues bien, querían llevarme a un siquiatra.

Chris Sullivan tuvo que contener la risa de nuevo. Por su parte, el detective preguntó:

—¿Y por qué querían llamar a un siquiatra, señorita Randall? ¿Acaso por quejarse del asesinato de un caniche?

—Verán, les voy a contar todo desde el principio. Yo vivo en un pequeño hotelito de mi propiedad y ayer por la noche, tras despedir a una amiga...

—¿Seguro que era una amiga? —inquirió Farrow.

—Naturalmente. ¿Qué se ha creído?

—Bien, bien, continúe.

—Pues había dejado la puerta abierta y «Rudy» escapó. Es que no está capado, ¿comprenden, verdad?

—Sí, claro que sí —respondió Farrow que empezaba nuevamente a morder la punta del bolígrafo.

—De pronto oí unos ladridos. Era «Rudy», yo lo conocía bien. Luego, un chirrido y unos ladridos lastimeros. Sentí una gran impresión. Tuve el presentimiento de que a «Rudy», a mi «Rudy», le había sucedido algo. Corrí hacia la calle —explicó emocionada— y allí, en el suelo, tumbado, estaba «Rudy» muerto. La furgoneta asesina, de color azul y con la cabeza de un perro pintada, aún estaba cerca. Yo grité: ¡Asesino!

—¿Y qué sucedió más? —inquirió Farrow.

—Pues, oí otros ladridos. Por la ventanilla posterior del furgón apareció la cabeza de otro perro, un perro feo y grande. Ladró primero y luego gritó.

—¿Dice que gritó? —inquirió Chris perplejo.

—Sí, gritó, lo oí muy bien. Gritó: «¡Sáquenme de aquí, sáquenme de aquí, socorro!» Ya no pude escuchar más, porque el furgón se alejó a toda velocidad.

—Ahora comprendo lo de la policía —arguyó Farrow poniéndose en pie—. Señorita Randall, si mira en el directorio médico, encontrará los mejores siquiatras de Nueva York. Una visita no le sentaría mal.

Como si hubieran soltado un resorte de la butaca, la mujer se incorporó de un brinco y espetó:

—Con que tampoco me cree, ¿eh? ¡Al diablo con ustedes y con la policía! ¡Buscaré a otro detective y conseguiré castigar al asesino de mi «Rudy»!

Se alejó hacia la puerta. La abrió y desapareció por ella dando un portazo.

Chris Sullivan estalló en una carcajada, pero Farrow no parecía muy contento.

—No te rías, Chris. Para mí, esto es trágico. Ya tenía en mis manos el primer caso y ha resultado la visita de una demente.

—Quizá ha dicho la verdad.

—Vamos, Chris, no alargues la broma. No estoy de humor.

—Bueno, Sam, yo me marcho. ¿Qué te parece si nos encontramos un día para cenar y salir con alguna chica? Tú debes conocer a muchas.

—Naturalmente que conozco a muchas.

—En ese caso no hay problema. Ya te telefonearé.

El oficial de la M. P. dio unas palmadas de consuelo en el hombro del obeso y en aquellos instantes frustrado Farrow y abandonó la oficina.

Chris subió al ascensor. Una mecanógrafa que iba en el camarín le observó de reojo. Sullivan atraía a las mujeres sin esforzarse por conseguirlo.

El ascensor llegó a la planta. Las puertas se abrieron automáticamente y la mecanógrafa siguió embobada mirando al teniente sin cesar de arreglarse el cabello.

Cuando se dio cuenta, ya era tarde para salir. Las puertas se cerraron y la chica ascendió otra vez sin saber a qué piso iría a parar.

Cuando Chris llegó a las puertas de cristal, salida del enorme edificio, escuchó un chirriar de ruedas y gritos.

Sin saber por qué, corrió hacia el exterior casi sin dar tiempo a que las puertas se abrieran por sí mismas al acercar su cuerpo.

Ya en la calle, vio que en el centro de la calzada se arremolinaba la gente en torno a un cuerpo que yacía en el suelo. Mientras, a lo lejos y disolviéndose en el farragoso tráfico, un furgón de características idénticas al que describiera la cliente de Farrow.

Se aproximó al grupo y rápidamente identificó el cuerpo arrollado.

«Amely Randall», se dijo perplejo.

—Está muerta —dijo el policía que se hizo cargo de la situación—. Despejen el lugar, por favor, despéjenlo.

Chris Sullivan pudo oír a alguien que comentaba a su lado:

—Yo lo he visto todo y parecía que la furgoneta fuera a su encuentro. La mujer tenía luz verde y el furgón se le ha echado encima. Es un asesinato.

En aquel instante, Chris Sullivan creyó en todas las palabras que Amely Randall dijera en el despacho de su amigo Farrow y decidió en qué iba a emplear sus días de permiso: Encontraría a un asesino y a un perro que gritaba: «¡Socorro!».

CAPÍTULO II

El teniente Berner alzó su mirada, siempre recelosa de todo y de todos.

Berner, de la policía Metropolitana de Nueva York, no se parecía en absoluto al hombre que tenía delante de su mesa despacho, teniente también, pero de la Military Police.

Llegar al puesto en que se hallaba, había costado al teniente Berner muchos años de bregar con los hampones del East Side, y esto le había llevado a estar sumido en un malhumor constante.

Sin embargo, era un hombre comprensivo si se le buscaba el fondo y quienes le conocían bien decían que no era más que un buenazo, un perro ladrador.

—¿Por qué se interesa tanto por este caso, teniente Sullivan?

—Mi amigo, el detective Samuel Farrow, está preocupado porque esa mujer fue su primer cliente. Yo soy testigo de ello y quiero echarle una mano si puedo.

—Sí, así es —asintió Farrow un tanto intimidado por la cabeza cuadrada y recia, de cabello cortado al cepillo, del oficial de policía, un irlandés nato de ojos azules y cuello de toro, manos grandes y dedos algo cortos.

Buenos puños, poca delicadeza y mucha humanidad, aunque se había acostumbrado a esconderla bajo la losa pétrea con que vestía su rostro curtido.

—Vaya, un detectivillo que viene a dar lecciones a la policía. ¿Ve muchos programas de televisión, amigo Farrow?

—No se divierta con él, teniente Berner. Él solo quiere justicia.

—Ustedes, los de la Military Police, todo lo ven muy sencillo. Si tuvieran que meterse en los hediondos callejones llenos de basura para perseguir a un delincuente y encajar un navajazo entre los omóplatos, veríamos.

—Teniente, creo que en otro momento podremos hablar de nuestros respectivos puestos. Ahora, nos interesa algo sobre ese furgón que mató a la señorita Randall.

—Está bien —gruñó. Luego, removió entre los papeles ya de por sí revueltos que tenía en un cajón.

—Teniente, bueno, yo, yo no tengo mucho interés... Fue un accidente y claro, pero mi amigo...

—Vamos Sam, deja de hacer el idiota y no molestes al teniente.

El teniente Berner miró al flamante detective y le sonrió con sarcasmo.

—Haga caso a su amigo, le da buenas lecciones. Ah, y procure no

equivalente en su nueva profesión; al primer resbalón le quito la licencia.

Sam Farrow tragó saliva dificultosamente y miró suplicante a Chris Sullivan. Con la mirada le pedía que se alejaran de la estación de policía a toda velocidad.

—¿Ha encontrado el informe, teniente Berner? —preguntó Sullivan desoyendo los silenciosos ruegos de su amigo de la infancia.

—El furgón que atropelló a la señorita Amely Randall fue un «Bedford» azul oscuro con doble puerta posterior, matrícula Empire-State 2475, con la silueta de un perro pintada al duco en color más claro.

—El mismo que yo vi alejándose —asintió Chris—. ¿Saben a quién pertenece?

—Sí, al instituto privado Riker.

—¿Instituto privado Riker? ¿A qué se dedica?

El oficial de la policía respondió al militar que ya no vestía las ropas castrenses sino un traje gris que no desfavorecía su silueta alta y delgada.

—Zoología científica. Granja canina con licencia para la venta de perros de razas puras. También tienen permiso para la práctica quirúrgica en animales seleccionados para la investigación puramente quirúrgica. Le añadiré más, el doctor Riker es el propietario de esta institución a la que no se pueden hacer reproches por sus magníficas instalaciones. Poseen en regla todos los permisos habidos y por haber y está ubicada al norte del Bronx.

—Magnífico, teniente Berner. Ha realizado un excelente trabajo. ¿Tiene también al hombre que atropelló a *miss* Randall con el furgón?

—No, eso no y en confianza le diré que va a ser prácticamente imposible atraparlo, aunque me esté mal el decirlo, ya que haremos todo lo posible para conducirlo a una celda.

—¿Quiere decir que en el Instituto Riker no hallaron al chofer culpable del atropello?

—La doctora veterinaria Haner, que es quien dirige el centro de Riker, cirujano en funciones de diversos hospitales...

—Espere teniente Berner, permítame concretar. El Instituto Riker es propiedad del cirujano Riker, pero, ¿no lo dirige él mismo?

—Exactamente. La dirección y cuidado del mismo corre a cargo de la doctora Haner. Es una intelectual de poco más de treinta y cinco años.

—¿Bonita?

—No está mal para su edad, pero me parece que ha de ser más fría que el hielo —añadió Berner con una sonrisa.

—Bien, oficial, continuemos —indicó Sullivan deseoso de obtener cuanta más información mejor. Presentía que el teniente Berner se estaba cansando de ellos.

—El chofer no ha tenido nada que ver en el atropello de la Randall.

—¿Cómo está tan seguro? —inquirió Sullivan.

—Esta mañana, a las siete, se comunicaba la desaparición del furgón antes citado. La denuncia del robo, como le digo, se ha realizado a las siete de la mañana cuando el furgón debía comenzar su servicio.

—Claro, y el atropello se ha realizado a las dos del mediodía —asintió Chris.

—Eso deja fuera de dudas y sospechas a Martin Schroeder.

—Es cierto. Sin embargo, ¿han encontrado el furgón?

—Sí. Alguien lo vio caer a las aguas de uno de los muelles de Brooklyn. Enviamos la grúa y ya está fuera. Como puede suponer, no hemos encontrado huellas dentro.

—¿Podría ver el furgón?

—¿Pretende encontrar algo que nosotros no hayamos descubierto? —preguntó Berner entre sarcástico y ofendido.

—No, pero me agradecería verlo para tener una opinión propia. No le molestará darme un permiso para verlo, ¿verdad, teniente?

Berner gruñó.

—Está bien, le daré el permiso y haga lo que quiera. Es usted libre de perder su tiempo como mejor le plazca.

—En ese caso, no le molestamos más, oficial —dijo Sullivan recogiendo el pase para ir al parque de automóviles requisados por la policía neoyorquina.

—No se lleven ninguna pieza del furgón. La compañía de seguros que lo protege podría demandarlos. Debe ser restaurado y entregado de nuevo a sus propietarios, o sea, a la institución Riker.

—De acuerdo, oficial —aceptó Sullivan dirigiéndose a la puerta seguido por Sam Farrow que miraba al irlandés con desconfianza.

—Ah, se me olvidaba. Si descubren algo, preocupense de comunicármelo.

—Descuide, teniente Berner, se lo explicaremos todo —puntualizó Sullivan irónico.

Ya fuera del despacho, pero aún en las dependencias de la Police Station, Farrow se enfrentó con su amigo.

—Pero, Chris, ¿qué te propones?

—Ayudarte.

—¿Ayudarme? ¡Ese «dogerman» del despacho solo está esperando poder cerrar sus mandíbulas en mi licencia de detective privado! ¡Los policías odian a los detectives, nos consideran unos intrusos!

—Vamos, Sam, no exageres. Sé valiente. Tienes un caso por resolver y debes hacerlo. Después de todo, la señorita Randall vino a consultarte. No la defraudes aunque esté muerta.

—Eso es, está muerta y no va a pagarme si resuelvo algo. No, definitivamente, no pienso perseguir a un ladronzuelo de coches que por imprudencia ha arrollado a una mujer.

—Ignoro por qué, creo que es simple intuición, pero presiento que detrás de todo esto hay algo más.

—¿Algo más, qué más? —inquirió entre receloso y agresivo.

—Ya te lo explicaré cuando lo sepa. Ahora, vayamos al parque de automóviles a ver el furgón.

Ante la estación de policía esperaba un sedán «Mercury» que Chris había comprado para su tiempo de permiso. Luego, el último día, lo vendería y de este modo no resultaría gravada su economía. Solía hacer lo mismo siempre que llegaba a una ciudad con más de una semana de permiso.

El cielo neoyorkino, aunque difícil de ver en muchos lugares de Manhattan por culpa de los altísimos rascacielos, se iba cargando de nubarrones. El ambiente olía a humedad mientras el «Mercury» se filtraba entre el denso tráfico.

Chris opinó:

—Creo que habrá tormenta.

—Espero no mojarme por seguirte —gruñó Farrow.

Miraba la calle con deseos de saltar a ella. Empezaba a tener la impresión de que su amigo Sullivan estaba loco.

—Tú que ves tantos «telefilms» y lees novelas de misterio, convendrás que un caso no es interesante sin una tormenta que echarse a la espalda.

—Sí, ahora llévame a un caserón viejo, deshabitado, con armaduras en los rincones y un vampiro pegado al cristal de la ventana.

Chris se echó a reír pese al malhumor de Sam.

—Mira, Sam, yo te pagaré en puesto de esa mujer.

—No, gracias, no quiero caridad.

—Está bien, como gustes, así me ahorras unos dólares. Verás, haremos una investigación somera. Si no hallamos ningún indicio que apoye mi presentimiento, lo dejaremos correr, pero ten en cuenta que tienes un cadáver y un asesino suelto. Eso, ya de por sí, es interesante.

—Oye, Chris, ¿por qué no te metes tú a detective?

—Yo soy un policía, aunque militar. Mi madre, Dios la tenga en su gloria, me hizo prometer que sería militar como papá, que murió en Corea. Yo no puedo faltar al juramento, pero como mi vocación era la de agente policial, en vez de ser de la Metropolitana, del FBI o de la CIA y para no desairar a mi madre, opté por hacerme policía militar y no me va mal. También tengo casos apasionantes, aunque presumo que aquí hay algo más que interesante. Quizá encontremos al vampiro de que hemos hablado antes.

—Cuidado, Chris, no gastes bromas pesadas, que me ha dado un escalofrío. Yo he nombrado al vampiro en plan de broma, pero tú parece que lo dices en serio.

El pase que el teniente Berner les diera les valió para introducirse en el

parque automovilístico. Allí, entre centenares de coches, encontraron el furgón que estaría unos días en observación para ser llevado luego a un taller de reparación y devuelto a la institución Riker.

—Allí lo tenemos. Yo no veo nada anormal en él —dijo observándolo con aire crítico y las manos en el bolsillo.

—Pues yo sí que le veo algo especial —dijo Sullivan por su parte.

—¿El qué?

—Que es tal como lo describió Amely Randall antes de ser muerta por él.

—Eso ya lo vemos —gruñó Sam.

—Pero, había que comprobarlo.

Chris subió a la cabina del furgón, registrándola, más no halló nada importante. Luego, pasó a la caja de carga. Sam se introdujo en ella subiendo por la doble puerta trasera.

—Esto parece una mazmorra. Las paredes están llenas de argollas.

Era cierto. A lo largo de las dos paredes laterales colgaban argollas y Chris Sullivan opinó:

—Si tratan con perros, seguramente será para sujetarlos y de este modo efectuar los traslados sin que se escape ninguno. Poniéndoles bozal y una cadena corta no hay problema, claro que en estas argollas también se podría sujetar algo más que perros.

—¿El qué?

—Detectives privados y otros bípedos.

—Déjate de sarcasmos, Chris. Esto está todo normal, no hay más que verlo. El teniente Berner tiene razón. Estamos perdiendo el tiempo con esta investigación.

—Espera, aquí hay algo —dijo Chris señalando el suelo junto al ángulo con la pared del furgón.

De una pequeña rendija extrajo un bolígrafo de plástico color gris plomo que se confundía con el interior de la caja. No era fácil verlo y menos al quedar casi incrustado dentro de la rendija.

—¿Un bolígrafo? ¿Crees que es interesante? —preguntó Farrow pasando su cabeza por encima del codo de su amigo.

—Podría ser. Veamos... Hay unas letras que dicen: «Rangers, Politécnico».

—Puede que sea del instituto Riker y sería lógico que estuviera aquí.

—Yo diría que esto pertenece a una escuela de grado superior.

—¿Una escuela, Rangers Politécnico...? Ahora que lo dices, creo que hay una en Nueva Jersey que se llama así.

—Lo investigaremos, pero hay que distribuirse el trabajo, compañero.

—Chris, ¿de veras crees que esto va a resultar interesante o me estás gastando una broma?

—Amigo Samuel, las bromas, cuando se alargan, pierden su gracia. Yo

no estoy gastando ninguna broma. Ahora bien, pienso tomar este caso como experiencia y pasatiempo en mi permiso. Tengo una novia en Miami, pero antes que ir a verla prefiero meterme en líos.

—¿Tan fea es?

—No, pero tiene madre, lo que quiere decir que tendré suegra.

—No será para tanto, Chris. Casi todas las chicas tienen madre y...

—Sí, pero es que yo conozco bien a la suya y si la chica es linda, la suegra es un simio con faldas y sostengo la teoría de que, con el tiempo, las hijas acaban pareciéndose a sus mamás.

—Estoy viendo que no vas a casarte más que con una chica que tenga la madre guapa.

—No vas desencaminado. Bueno, nos estamos apartando del tema. ¿Quieres seguir adelante o te vas a tu despacho a esperar? Te advierto que si obtienes un éxito tendrás propaganda gratis y los clientes te lloverán como la tormenta que se avecina.

—Está bien, míster Holmes; voy a ser tu Watson.

—No digas tonterías, Sam. Soy yo quien te ayuda a ti. Ahora, escúchame. Vas a investigar dos cosas.

—¿Cuáles?

—Lo que puedas del Rangers Politécnico.

—Pero ¿qué he de averiguar allí?

—No sé, cualquier cosa que pueda tener interés. El porqué ha podido venir a parar el bolígrafo dentro de este furgón, si tienen perros, etcétera, etcétera.

—Está bien, investigaré. ¿Qué más?

—Sin acercarte por el Instituto Riker, averigua algo sobre Martin Schroeder.

—¿El chofer de la furgoneta?

—Sí.

—¿Sospechas de él?

—Quizá.

—Bien, pero ¿por qué no quieres que me acerque al Instituto Riker?

—Porque ese lado lo voy a investigar yo, y no quiero que nos vean juntos ni que sospechen que los estamos vigilando.

—Ahora comprendo... El teniente Berner ha dicho que la doctora Haner era linda.

—Vamos, Sam, no fantasees y a comenzar la labor. Yo solo voy al Instituto Riker porque conozco tu aversión hacia los caniches.

CAPÍTULO III

Los ojos de la doctora en veterinaria, Victoria Haner, seguían las manos magras pero seguras del cirujano Riker, propietario del centro.

Dos ayudantes expertos colaboraban con el cirujano en la operación de trasplante canino que se estaba realizando sobre la moderna mesa de intervenciones, capaz para efectuar operaciones en seres humanos.

Dos órganos vitales iban a ser intercambiados entre los animales para así probar el éxito de la operación y la experiencia y seguridad del cirujano Riker.

La sangre animal manchaba los guantes de goma que ceñían las manos hábiles como una segunda piel, no estorbando en absoluto los movimientos precisos que debían realizarse.

Victoria Haner se tambaleó de un modo ostensible. Aquel acto llamó la atención del cirujano, asistido por los dos ayudantes alumnos y auxiliares suyos, además de un equipo de cuatro técnicos especializados en moderno material de quirófano, electrónico y de precisión.

—¿Se siente mal, doctora?

—Un poco mareada...

—Mejor será que salga a tomar el aire.

—Sí, eso voy a hacer. No me asusta la sangre, pero por lo visto hoy no me siento muy bien.

Victoria Haner, que llevaba una bata de nylon color verde, igual a las empleadas por cuantos se hallaban en el laboratorio radicado en la institución Riker, salió al corredor de grandes ventanales protegidos por cristales gruesos, incapaces de ser rotos por los golpes de un ser humano.

Se quitó el cubrebocas aséptico, utilizado por todos dentro del quirófano y miró a través de uno de los ventanales desde el cual se divisaba la entrada de la institución.

Una reja gruesa, apta para permitir el paso de un camión de gran tonelaje, se hallaba cerrada. En la caseta, el vigilante de turno y a partir de aquella gran puerta de reja, un muro alto rodeando toda la institución. Sobre esta pared, otra reja de púas hostiles. Filtrados entre esta, dos cables, uno de alta tensión y otro de alarma. La institución Riker era un modelo de protección interior con respecto a posibles intrusos.

Luego, vio los grandes parterres y la serie de jaulas perfectamente acondicionadas donde se criaban perros de todas las especies. Hasta ella llegaban los ladridos de algunos de ellos.

Allí había cerca de dos millares de perros, sin contar las crías que se seleccionaban para experiencias del doctor Riker y colegas suyos que a

veces eran invitados por este a su quirófano para efectuar trasplantes, pues todo su interés científico se basaba en ellos, dejando a un lado la biología funcional. Esta solo le interesaba en la parte proporcional supeditada a los trastornos postoperatorios.

Victoria Haner miró recelosa hacia la puerta del quirófano.

Permanecía cerrada y estaba segura de que nadie saldría por ella en un buen rato, ya que estarían ocupados en la operación de los dos alsacianos sujetos e inconscientes en la mesa quirúrgica.

Con paso rápido, decidido, pero con el miedo agazapado en sus venas, se dirigió al amplio ascensor capaz de ser utilizado por una camilla doble, pese a que el edificio solo estaba constituido por dos plantas.

Victoria Haner era una mujer de cabello castaño, corto, espeso y siempre bien peinado. Era bella en su madurez, pese a que sus ojos tenían el cansancio fijado en ellos, un cansancio que en aquellos momentos daba paso al miedo. La doctora Haner era una mujer que, aun en su vejez, sería hermosa.

Cerró la puerta del ascensor y se encaró con la caja de los pulsadores de mando.

Buscó con el tacto por el lado derecho que quedaba medio oculto junto a la pared metálica del camarín y allí encontró un resorte diminuto que apretó a fondo.

La caja rectangular de acero inoxidable, en la que se hallaban los pulsadores, se abrió hacia uno de sus lados.

Apareció un botón rojo que no hacía mucho descubriera por casualidad y lo pulsó.

El motor del ascensor se puso en marcha y el camarín comenzó a descender.

Victoria cruzó sus dedos nerviosamente. Ella ignoraba aún lo que iba a ocurrir.

El ascensor pasó ante la puerta de planta y siguió descendiendo. Lo que había intuido se estaba concretando.

Al fin, el camarín se detuvo unos veinte o veinticinco pies por debajo del edificio. Una puerta quedó ante ella. Sin vacilar, la empujó. Tenía como una hora de tiempo antes de que Riker y sus ayudantes abandonaran el quirófano.

Quedó en un corredor amplio e iluminado. Al final del mismo, en el umbral de una puerta, había una luz roja y una doble puerta con cristales cruzados por rejas.

«Dios mío, ¿qué será todo esto?», se preguntó, excitada.

Ella era la directora de aquella institución y sin embargo no tenía idea de aquel sótano camuflado al que podía llegarse con el ascensor si se conocía la forma.

Inquieta, no comprendía por qué Riker le había silenciado todo aquello.

Era evidente que en aquel sótano no faltaba el aire fresco ni la limpieza. Las paredes se hallaban embalsadas y la asepsia era absoluta.

Anduvo hacia la luz roja como un insecto atraído por ella.

Pasó junto a varias puertas que trató de abrir, consiguiéndolo solo con una de ellas. Sigilosamente, miró hacia el interior ayudada por la luz que procedía del pasillo, ya que la estancia se hallaba en la oscuridad.

Le pareció que aquella era una habitación para un paciente especial, con aire acondicionado, tienda de oxígeno y un complicado mecanismo de una bomba mecánica de sangre y otros aparatos de precisión para salvar una vida humana en la situación más desesperada.

Cerró de nuevo la puerta y prosiguió el avance.

Miró a través de los cristales y vio otro corredor semejante al que ella se encontraba, aunque algo más grande. Decidió cruzar aquella puerta.

Al sujetar el pomo, su mano tembló. Se sentía sobrecogida e ignoraba a ciencia cierta por qué.

Giró el pomo y la hoja cedió. Era de un grosor de casi un pie, antiruidos. No sonó ninguna alarma como ella temía, pero la luz roja colocada sobre la puerta comenzó a apagarse y encenderse con intermitencia, acción de la que Victoria no se percató.

De pronto comenzó a escuchar llantos lejanos e incluso algún grito humano. Se estremeció hasta las raíces de los cabellos.

Ignoraba la procedencia de tales voces y lamentos, que en aquel aséptico sótano semejaban infrahumanos.

Súbitamente, se abrió una puerta y apareció un hombre de constitución recia, más de metro noventa de estatura con unos noventa kilos de carne sobre sus huesos.

Iba vestido con una chaquetilla corta blanca y pantalones del mismo color, el uniforme propio de cualquier enfermero de un hospital.

Los ojos masculinos brillaron y los pies de la mujer semejaron clavarse en el suelo, incapaces de moverse.

—¿Qué hace aquí, doctora Haner? —preguntó el hombre con voz cavernosa.

La mujer respiró hondo, como si le faltara aire. En lugar de contestar, preguntó a su vez:

—¿Y qué hace usted aquí abajo? Yo soy la directora del centro y no le conozco.

—El doctor Riker va a molestarse mucho por su estupidez, doctora Haner.

—¿Qué es esto de aquí abajo, qué significan esos gritos lejanos?

El recio enfermero no respondió. Avanzó inexorablemente hacia ella hasta que Victoria, al verle demasiado cerca, corrió hacia la puerta.

La falda no le permitió hacerlo como hubiera deseado y aquel desconocido la atrapó retorciéndole el brazo sin piedad, obligándola a

doblarse hacia atrás.

—¡Vamos, en pie! —ordenó.

—¡Suélteme, canalla, me hace daño!

—Vamos, camine hacia el ascensor —ordenó soltando su presa pero cerrando una manaza alrededor del brazo femenino.

Materialmente, la arrastró hacia el camarín.

El enfermero miró la caja de los pulsadores abierta y le lanzó una mirada fulminante. Victoria Haner, asustada, escudriñaba su alrededor. No había escapatoria.

El ascensor pasó ante la puerta de la planta y continuó su ascenso. Al poco se encontraba en el segundo piso.

—Vamos, fuera —ordenó el hombre.

Sujeta por el brazo, fue introducida en el quirófano.

Cuando el doctor Riker les vio entrar, abandonó la dificultosa operación que estaba realizando.

—¿Qué significa esto? —preguntó cuando el enfermero entró a la mujer en la sala.

Victoria Haner se sintió acuchillada por todas las miradas. Le pareció que ella, era la única que nada tenía que ver en todo aquello. Los demás semejaban estar al corriente de todo y completamente a las órdenes de Riker.

—La he encontrado abajo, doctor. Por lo visto ha descubierto el modo de bajar en el ascensor.

—¡Riker! ¿qué significa todo esto, qué es lo que hay abajo, qué monstruosidad se está concibiendo en esta institución?

Riker cambió una mirada de inteligencia con uno de sus ayudantes. Este, situado al fondo del quirófano, comenzó a preparar una jeringuilla con habilidad y rapidez.

—Tu estupidez, querida doctora, ha estropeado esta operación. Esos perros van a morir y una experiencia trabajosamente preparada no servirá de nada.

—¡Eso no es contestar a mis preguntas! ¡Quiero saber, quiero saber!

El ayudante de Riker se le acercó por la espalda y la mujer sintió el pinchazo debajo del omóplato izquierdo.

Quiso girarse para ver qué le hacían, pero las manos recias del enfermero la sujetaron. El líquido de la jeringuilla pasó a sus músculos.

Lo último que Victoria Haner vio frente a sí fue el rostro impasible del doctor Riker que la miraba con cierta sonrisa de burla en los labios. Después, sus piernas se doblaron y su vista se nubló.

—Steiger —interpeló Riker.

—¿Diga, doctor? —inquirió el enfermero.

—Acércala a la mesa de operaciones. Voy a golpearle ligeramente la cabeza.

—Comprendo, doctor —asintió Steiger.

Las manos del cirujano que ya había abandonado por completo a los perros, quienes, tras ser interrumpida su operación habían expirado, golpearon la sien de la doctora contra el canto de la mesa. Un ligero corte con hematoma apareció junto a la sien.

—Creo que así estará bien. Sin embargo, uno de ustedes prepare una inyección de metedrina.

—¿La va a drogar? —inquirió Caryl Houston, la mano derecha de Riker y el único capaz de realizar una operación quirúrgica en ausencia de este. Era un hombre de manos hábiles pero sin licencia de médico por haberle sido retirada por un tribunal médico a causa de probadas irregularidades cometidas en la práctica de su profesión.

—Sí, la metedrina creará una fuerte confusión en su cerebro. Le provocará sueños incomprensibles para una mente normal y cuando despierte, todo, absolutamente todo, habrá sido un sueño para ella.

No tardó en correr por las venas de Victoria Haner la fortísima droga. Fue estirada en una de las camillas rodantes.

—Puede que no olvide —advirtió Houston lanzando una mirada de reojo a la doctora que sufría contracciones nerviosas, posiblemente a causa de la reacción de la droga amén del barbitúrico que la había dormido.

Un cuerpo débil hubiera sucumbido. La respiración era fuerte, dificultosa, más Riker sabía que Victoria Haner, como organismo sano, resistiría aunque luego habría de quedar exhausta por unos días.

—Si recuerda algo, emplearemos otro medio más práctico —aclaró Riker.

—¿Cuál?

—Victoria Haner tiene una hermana mucho más joven que ella. Se llama Valery y viven juntas.

—¿Quiere decir que podríamos internar a la chica en el sótano y así obligar a su hermana a colaborar?

—Eso es, Houston. Nos interesa la colaboración de la doctora Haner en la dirección del centro. Es muy estimada en la sociedad veterinaria del Estado de Nueva York e incluso muchos colegas míos que han venido aquí a hacer prácticas con perros, invitados por mí, la conocen. No quiero que haya misterios alrededor de este centro. El muro y la electrificación del mismo son una medida de seguridad bastante corriente en los tiempos que vivimos. En este centro, a ciertas horas, entran visitantes y compradores de perros que no cesar de elogiar las magníficas instalaciones. Vienen mis colegas y hacen lo mismo con este quirófano y las dependencias adyacentes. Solo existe un lugar prohibido: el sótano, y solo se llega a él por el ascensor —dijo Riker, sin revelar jamás la existencia de una angosta salida de emergencia que daba a un colector.

—Sin embargo, puede avisar a la policía —advirtió Steiger.

—No avisará a nadie, no es tan estúpida. Además, no encontrarían nada. La losa que cierra debajo del ascensor no dejará investigar. Ah, cambia el cuadro de pulsadores por el que hay de repuesto y que funciona de modo distinto.

—Bien, doctor —asintió Steiger.

—Ahora, desaparece. Que la doctora no vuelva a verte. Sería contraproducente. Los tres que cuidáis del sótano no debéis ser descubiertos jamás por la doctora ni por nadie. Ya ha habido bastante lío con el furgón.

—No hay que temer, Riker. Martin Schroeder sabe hacer su trabajo y lo ha demostrado. Ahora, la policía está buscando a un ladrón de coches.

—No quiero correr riesgos. Hace tiempo que estoy preparando todo esto y no tardaremos en realizar las primeras prácticas para luego comenzar a lo grande. El mundo y el dinero serán nuestros.

Todos se pusieron a trabajar y Riker se cambió dejando que el tiempo pasara y la droga terminara de hacer su efecto en el cuerpo de Victoria Haner.

Varias horas después, que fueron empleadas por Riker para bajar al sótano y comprobar que allí todo funcionaba perfectamente, fue avisado por el dictáfono de que la doctora comenzaba a dar muestras de desasosiego, señal de que iba a despertar.

La noche extendía ya su manto sobre la institución Riker.

El cirujano regresó al quirófano y se situó junto a Victoria.

Afablemente, le pasó la mano por la frente y pidió una gasa humedecida en alcohol con la que rozó las mejillas de la fémina.

Esta abrió los ojos al fin y vio el rostro de Riker, un rostro anguloso, de nariz delgada y mentón alzado y ligeramente curvo, aunque escondido por el bigote y la barba bien recortada que le daba un aire científico como él deseaba.

Los ojos del cirujano tenían un brillo rojizo que Victoria descubrió por primera vez tras largo tiempo de verlos.

—Doctor...

—¿Qué tal se encuentra, doctora Haner? —le preguntó con amabilidad y cuidado.

—¿Qué me ha sucedido? La cabeza me duele horriblemente.

—Estaba mirando la operación de los perros y ha sufrido un desvanecimiento dándose un golpe en la sien.

—¿En la sien? —se llevó la mano al lugar indicado, notando una tira de esparadrapo y un hematoma ostensible al tacto.

—En principio hemos temido por usted, doctora. El golpe ha sido muy fuerte y le ha proporcionado una dolorísima conmoción cerebral.

Victoria Haner notaba una gran confusión en su cerebro, que le dolía horriblemente, y sentía la boca reseca.

—¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente?

—Varias horas. Ya le he dicho que hemos temido por su salud. Estábamos en medio de la intervención y la hemos abandonado. No me importará que los perros hayan muerto y la experiencia fracasado si usted se encuentra bien.

—Lo lamento, doctor Riker. Antes nunca me había sucedido una experiencia semejante.

—Un día u otro puede ocurrir. Lo que me preocupa es su conmoción cerebral. Habrá de descansar unos días. ¿Ha sufrido pesadillas?

—¿Pesadillas? —repitió incorporándose y sentándose en la camilla. Notaba que carecía de fuerzas—. Pues sí, he tenido muchas y horrendas. Algunas me parecían tan reales que dudo...

—Vamos, vamos, doctora Haner, yo la acompañaré a su casa. Cámbiese. La aguardo abajo en mi coche. No olvide que aún sufre los efectos de la conmoción. Vamos, cámbiese y saldremos. La llevaré hasta su casa. Su hermana la cuidará.

Ella, falta de fuerzas, no se negó a nada.

Sentía su cabeza dolorida y embotada, y los primeros pasos tuvo que darlos apoyada en el brazo de Riker que representaba su papel a la perfección.

La dejó en el despacho particular de la mujer.

Una vez sola, esta se cambió lentamente y pasó al ascensor que utilizara para bajar a su despacho acompañada de Riker. Le pareció recordar algo. Abrió la puerta e introdujo medio cuerpo dentro del camarín.

Con la frente ardiente, se enfrentó con el cuadro de pulsadores. Parecía el mismo, pero por más que pasaba los dedos no hallaba resorte alguno.

De pronto, una voz sonó junto a su oído.

—¿Ocurre algo, doctora Haner?

Ella se sobresaltó y se volvió para ver a su espalda el rostro sonriente de Riker, una sonrisa que no ligaba con la mirada inquisitiva del cirujano.

—No, no... Creo que es cierto que no me encuentro muy bien. El golpe debe haberme provocado multitud de pesadillas.

—Si quiere, creo que sería bueno hacerle un electroencefalograma para ver si ha tenido alguna pequeña hemorragia interna cerebral.

—¿Un electroencefalograma? No, no es preciso. Creo que caminando un poco todo pasará —dijo apartándose del ascensor con miedo.

Su mente era una vorágine de confusión, mezcla de realidad y visiones distorsionadas, provocadas por la fuerte y rápida droga.

—Como prefiera, doctora. Sin embargo, si tiene dolores extraños o pensamientos no habituales invaden su cerebro, no deje de advertírmelo y veremos de ponerle remedio.

—Sí, doctor, así lo haré.

Victoria Haner se dejó coger por el brazo y luego conducir al lujoso «Cadillac» del doctor Riker que esperaba en la puerta.

La sensación de que estaba prisionera se apoderó de ella.

CAPÍTULO IV

El pulgar de Chris Sullivan pulsó el timbre. Luego, esperó frente a la puerta.

Transcurrieron unos segundos y nadie respondió, aunque oía ruidos en el interior del apartamento. Repitió la llamada, esta vez con insistencia.

—¡Ya voy, ya voy! —exclamó una voz femenina que, pese a sonar nerviosa y algo molesta, agradó al hombre.

Se escucharon pasos y al fin la puerta fue franqueada desde el interior.

Un silbido de admiración no pudo reprimirse en la boca del teniente de Infantes de Marina. Sus ojos claros admiraron la belleza que tenía delante.

La chica resultaba terriblemente femenina y joven. No llegaría a los veinte años y llevaba cabellos largos y lacios, sueltos con descuido.

Vestía ajustados pantalones y una camisa de mangas largas que, subidas hasta la mitad, dejaban ver los brazos y manos de la morena de labios cereza y grandes ojos verdes, llenos de vida y picardía.

—¿Qué le sucede, amigo? ¿Se ha quedado mudo? —preguntó poniendo su mano en la cadera y apoyándose ligeramente en la jamba de la puerta.

—No, no soy mudo. Simplemente, que esperaba encontrar a una mujer hermosa de treinta y pico de años.

—¿Y qué ha encontrado?

—Una chica hermosa de menos de veinte.

—¿Busca a Victoria Haner?

—Sí.

—¿Acaso tiene un chucho con dolor de barriga? —preguntó ella con desparpajo, sin apartar la mirada del rostro varonil que tenía cierto imán para ella.

—No tengo ningún chucho al que duela la barriga, ni creo que sea usted Victoria Haner.

—Victoria es mi hermana. Yo me llamo Valery.

—Valery, me gustaría tomar una copa contigo en otro momento, pero ahora quiero ver a tu hermana.

—¿Y quién le ha dicho que yo aceptaría su copa? —preguntó ella desafiante.

Él sonrió.

—¿Has besado alguna vez?

—¿Y usted qué cree? —inquirió ella sin dejarse apabullar.

—Pues, que eres joven pero no una niña.

—¿Entonces...?

Chris extendió su mano y rodeó la cintura femenina. Pese a estar en el

corredor, tiró de ella acercándose a ella con evidente intención de besarla.

Valery se resistió y él la soltó.

—Estás temblando. Todavía eres muy joven.

Esta vez fue ella quien, decidida, se le acercó.

Se puso de puntillas y besó a Chris en los labios. Él se mantuvo estoico y no hizo nada. Ella se separó y volvió a apoyarse en la jamba, sin apartar la mirada de los ojos claros y acerados del hombre.

—Y ahora, ¿qué opinas?

—Pues, que sabes besar. Creo que sí podemos ir a tomar una copa y estoy seguro de que vendrás.

—Mi hermana no está ahora en el apartamento, pero puedes esperar dentro. Tenía que haber llegado ya. Ignoro el motivo de su retraso.

—¿No me preguntas para qué quiero verla?

—¿Eres su amigo?

—Soy demasiado joven para lo que tú piensas, más joven que tu hermana.

—Eso, a veces no importa —objetó ella franqueándole el paso.

—Sí importa en mi caso. Vengo a ver a tu hermana como directora de la institución Riker.

—¿Problema de canes? —inquirió ella cerrando la puerta mientras él se dejaba caer en un sofá del amplio *living* del apartamento.

—Me llamo Chris Sullivan y soy... Bueno, eso ¿qué importa ahora? Me intereso por el atropello de una mujer.

—He oído algo de eso. ¿Te refieres a una mujer que ha atropellado el furgón de la institución cuando este había sido robado?

—Sí.

—¿Y qué tiene que ver mi hermana en todo esto? ¿Acaso eres abogado de la familia de la atropellada?

—No, no soy abogado. Bueno, no me hagas demasiadas preguntas, no sabría qué responderte.

La chica se adelantó hasta sentarse en una butaca frente al sofá. Se cruzó sobre él, pasando sus piernas por encima del brazo del sillón y apoyó la cabeza en su propia mano con aire interesado.

—¿Eres un polizone?

—¿Estudias o trabajas?

—Voy a clase. Mi hermana se empeña en mantenerme todavía.

—¿No irás por casualidad al Rangers Politécnico?

—Oye, ¿cómo lo sabes?

—Verás, lo he preguntado por saber dónde has aprendido la jerga que hablas.

—¿Pretendes burlarte de mí? —preguntó poniéndose en pie de un brinco.

—Ni pensarlo. Vamos, sé buena chica y siéntate. Tú puedes hablarme

de tu hermana mientras llega.

Cruzando sus manos por delante de sus rodillas tras juntar y doblar sus bonitas piernas, Valery denegó con la cabeza.

—No hablaré más hasta que sepa si eres un polizonte, digo, un policía... Además, estoy pensando que debieras esperar fuera hasta que regrese Victoria. Podrías resultar un...

—¿Sátiro? —la interrumpió—. Oh, no, no temas. Puedes considerarte segura.

—¿No soy tu tipo? —preguntó siguiendo con su desparpajo.

—Bueno, eres guapa, pero me gustan más hechas.

—Creo será mejor aguarde a mi hermana en otra parte —dijo, muy seria, señalando hacia la puerta.

Él rio por lo bajo.

—Eres una chiquilla. Tú misma te pones en evidencia. Una mujer hecha, segura, se guarda sus sentimientos. Sabe controlarse —para congraciarse con ella, dijo—: Soy del recontraespionaje.

—¿Del recontraespionaje? ¿Y pretendes que me lo trague? ¡Ni que estuviera viendo un «telefilme»!

—No te lo crees, ¿eh?

—No. He oído hablar del espionaje, del contraespionaje, pero solo en la «tele» y en plan de humor hablan del recontraespionaje.

—Está bien, voy a convencerte —extrajo su carnet, en el que se le identificaba como oficial de la Military Police, y lo tendió a la muchacha.

—¡Caramba, pues es verdad! ¡Teniente Chris Sullivan de la Military Police! —leyó mientras sus ojos miraban aún con mayor admiración al hombre.

—Bueno, ¿me contarás ahora lo que sepas sobre tu hermana y la institución Riker? —interrogó guardándose el carnet.

—Teniente de la Military Police, qué interesante. Mis amigas van a rabiarse cuando lo sepan.

—No serán «hippies» tus amigas, ¿verdad?

—Hay de todo, pero hablando sobre ti, hay una cosa que me intriga. ¿Has estado investigando mi vida?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo has sabido que voy al Rangers Politécnico?

—Ha sido una suposición. He oído que había pasado algo anormal en el Politécnico de Nueva Jersey y...

—¿Algo anormal? —repitió ella un tanto desconcertada cuando Chris había hecho aquella pregunta por si sacaba algo.

—Sí, y tú lo sabes bien.

—¿Te refieres a la desaparición de dos muchachos? Eran Walter y Jimmy, los mejores gimnastas. Tenían varias medallas de campeonatos en el condado.

—¿Jimmy y Walter? —repitió pensativo—. Ellos también utilizarían bolígrafos de la escuela, ¿me equivoco?

—¿Te refieres a los que llevan el nombre grabado en ellos? Creo que sí. Todos los usamos iguales.

—¿Y son de color plomizo?

—Sí. ¿Tienes alguno?

—Me encontré uno en la calle por casualidad. Dime, Valery, ¿tu hermana suele ir por el Politécnico?

—¿Por qué?

—Solo es una pregunta.

—No la estarás relacionando con la desaparición misteriosa de Jimmy y Walter, ¿eh? Te advierto que algunos dicen que se han marchado a San Francisco para seguir la doctrina «hippie» y por eso se han escapado de sus hogares y del Politécnico.

—No creo que dos muchachos sanos, deportistas y adaptados a una rigurosa disciplina física y mental, cometan la estupidez de hacerse hijos de las flores. Eso está bien para los frustrados, desequilibrados y para los que necesitan una excusa para no doblar los riñones.

—Chris, eres demasiado duro con los «hippies». Estás hecho un viejo.

—Vaya, un piropo semejante no me lo habían dicho jamás. En fin, quizá si me estoy volviendo viejo con treinta y pico de años recién cumplidos.

—¿Cuántos son treinta y pico? —preguntó interesada.

Él evadió la respuesta e inquirió a su vez:

—No me has contestado si tu hermana tiene algo que ver con el Politécnico.

—Pues yo creo que nada. Ella solo suele asistir a alguna competición deportiva y otras veces que ha acompañado al doctor Riker.

—¿Al doctor Riker?

—¿Por qué te asombras? El doctor Riker es una eminencia en la cirugía. Desde hace tiempo se ofreció gratuita y desinteresadamente a revisar a todos los que estudian en el Politécnico de un modo periódico y en cuantas ocasiones lo juzgara necesario la dirección.

—Si él es cirujano.

—Comprendo tu observación, Chris. La verdad es que la mayoría de las veces él no se presenta en la escuela, pero tiene otros doctores colaboradores suyos subvencionados por él. Creo que hace lo mismo con otros institutos de grado superior. Es un tipo excelente aunque a mí no me ha caído nunca simpático. Da charlas en el Politécnico como invitado de honor e incluso, mi hermana también ha dado alguna conferencia sobre zoología.

—Es muy interesante todo lo que me cuentas, Valery.

—¿De veras? Pues a mí me parece vulgar. Yo conozco más al doctor

Riker que mis compañeros, ya que es gran amigo de Victoria desde hace muchos años, antes de que ella acabara la carrera de veterinaria y comenzara a ejercer.

—¿Y desde cuándo funciona el Instituto Riker?

—Hace cinco o seis años. Un buen día se presentó aquí el doctor Riker y ofreció a mi hermana la dirección del centro que ya estaba totalmente terminado.

—¿Y ella?

—Pues, se puso muy contenta. Gana un buen sueldo y de eso vivo yo, aunque a mí, en la Universidad de Veterinaria, que no me esperen.

—¿No te agradan los animales?

—Me agradan de otra clase.

—¿*Homo sapiens*, por casualidad? —preguntó irónico.

—Eres muy listo, teniente. Yo quiero ser siquiatra. Pienso abandonar el Politécnico este año para ingresar en la Facultad de Medicina y luego me especializaré en siquiatria. Me gusta estudiar al prójimo, observar sus retorcidas reacciones.

Saltó del sillón, se aproximó a Sullivan y ordenó:

—Tiéndete en el sofá. Relájate bien y cierra los ojos.

Él, con fingida gravedad, obedeció. Una vez estirado y con los párpados cerrados, preguntó:

—¿Así está bien?

—Magnífico. Ahora, espera que coja un lápiz y un bloc. Luego empezaremos el «test».

—Espera, espera... Primero dime si tu hermana te ha explicado algo raro.

—¿Raro?

—Sí, raro o anormal con respecto al Instituto Riker.

—Pues no, no me ha dicho nada. Creo que has de tener muchos problemas síquicos debidos a tu profesión de recontraespía —dijo ella muy seria al tiempo que tomaba un bolígrafo, un bloc y se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo junto a la cabeza de Sullivan que secundaba el juego tranquilamente.

—Cariño, no te olvides de mi frustración infantil. Ya sabes: Padres divorciados y alcohólicos, habitaciones oscuras, palmetazos en las manos, escasez de dinero, hambre, mirar los escaparates pegado a ellos como una mosca cuando al otro lado hay comida...

—¿A ti te ha sucedido todo eso? —preguntó ella apresurándose a escribir en el bloc.

—No, pero sin esos problemas no vas a poder pronosticar una infancia cruel y frustrada.

—¡Te estás burlando de mí! —protestó la chica.

De pronto, se abrió la puerta del apartamento y en el umbral apareció

Victoria Haner acompañada del grave y elegante doctor Riker.

—Valery, ¿qué significa esto? —inquirió Victoria mirando a su hermana con severidad.

—Oh, no se preocupe por nada. Es una situación ingenua, se lo aseguro —aclaró Chris poniéndose en pie y mostrándose afable y nada cohibido por la situación—. Su hermana Valery, mientras yo la aguardaba a usted, estaba tratando de hacerme un «test» síquico y creo que puede llegar a ser una doctora eminente en siquiatría en el futuro como usted es una excelente doctora veterinaria en el presente.

El doctor Riker miraba receloso al oficial. Por su parte, Victoria se había quedado quieta junto a la puerta.

—¿Y para qué quería verme?

—Victoria, es un teniente de la Military Police —dijo Valery.

—¿Un teniente de la Military Police? ¿Y qué quiere de mí?

Victoria Haner parpadeó desconcertada.

La mirada del cirujano pasó de la doctora a Sullivan, quedando fija en el militar al tiempo que alzaba con altivez su bien recortada barba.

—Nada, señorita Haner. Su hermana se precipita un poco al presentarme.

—Pero ¿es cierto que es de la Military Police? —inquirió seco el galeno.

—¿Y usted quién es para preguntarme, acaso el doctor Riker?

Los ojos del cirujano brillaron malignos.

—¿Acaso también se interesa por mí? —preguntó desdeñoso.

—Podría ser y aclararé que es cierto que soy teniente de la Military Police. No es ningún secreto ni yo pretendo que lo sea, pero no estoy en acto de servicio.

—Pues si no está en acto de servicio —concretó el doctor Riker—, será mejor que vuelva otro día para hablar con la doctora Haner. Hoy no se siente en condiciones. Ha sufrido un accidente y ha tenido una conmoción cerebral.

—¡Victoria! —interpeló Valery ahora nerviosa—. ¿Es cierto que has tenido un accidente?

—Sí, mira mi sien. Ya no llevo el esparadrapo porque no sale sangre, pero...

—¿Podría preguntar cómo ha ocurrido el percance? —inquirió Chris.

—Pues, tampoco hay por qué ocultar nada. Se ha desvanecido durante la operación de prácticas que yo realizaba y se ha dado con el canto de la mesa de operaciones. Eso es todo. ¿No es verdad, querida doctora? —preguntó Riker.

—Así es y me duele mucho la cabeza. Le ruego que vuelva otro día. Necesito descansar.

—De acuerdo, volveré en mejor ocasión. En realidad, solo se trata de interesarme por perros alsacianos que podrían llegar a utilizarse por la

Military Police en casos de excepción —mintió Chris para evitar decir la verdad ante aquel hombre del que desconfiaba abiertamente.

Entre ambos había nacido una antipatía mutua, casi rivalidad. Se consideraban enemigos.

—Bien, discúlpeme. Le atenderé en otro momento.

—Eso es, en otra ocasión y pídale hora por teléfono. Será bien recibido en la institución que lleva mi nombre.

—Gracias por la invitación, doctor Riker. Doctora —hizo una leve inclinación de cabeza—: Ya nos veremos en otra ocasión, Valery, y no te preocupes por el accidente. El doctor Riker está completamente seguro de que no ha sido nada importante, ¿no es así, doctor?

—En efecto. Mañana ya se sentirá mejor.

Chris Sullivan abandonó el apartamento y no de vacío.

Se había enterado de unas cuantas cosas interesantes y había conocido personalmente al propio doctor Riker.

No se formó una buena opinión de él. Sin saber por qué, aquel hombre de mirada inquisitiva y maligna le repelía.

CAPÍTULO V

El taxi se detuvo ante la entrada del «The World Night Club».

Aquel era un lugar de diversión situado al este de Manhattan, con muchos marinos por clientes, marinos que debían llevar buena provisión de dólares, pues aunque el local no era de lujo ni selecto, sí resultaba caro. Sus clientes sabían bien que dentro podían encontrar desde los más inocentes pasatiempos a los más caros y contrarios a la ley y a la moral.

Un hombre de cabello escaso, bigote abultado y ojos huidizos se apeó del automóvil después de pagar y escrutó receloso la calle mal iluminada por la que, sin embargo, circulaban un buen número de coches.

Otro auto se paró no muy lejos de la puerta del club, situado en la Calle 156, entre dos callejones y mirando al caudaloso pero sucio East River.

El «Ford» bicolor del cincuenta y siete, por el que ningún revendedor de coches usados daría ni trescientos dólares, apagó sus luces.

Sam Farrow miró a través del cristal al hombre que se introducía en el club nocturno y tomó de la guantera el reducido emisor-transmisor. Estiró su antena.

—Llamada a M. P... Llamada a M. P... Llamada a M. P... —repitió hasta obtener la respuesta esperada.

—Aquí M. P. ¿Ocurre algo? Cambio.

—Estoy siguiendo a Martin Schroeder y me parece un pájaro de cuenta.

—¿Algo positivo?

—No lo sé aún. Estoy frente al *night-club* «The World» y no me sorprendería que viniera a ponerse en contacto con alguien.

—Podría ser. Conozco ese local y no es un lugar muy recomendable. Cuídate mientras vengo a echarte una mano.

—O. K. Cambio y cierro.

Sam Farrow sonrió.

Aquello estaba dando resultado y empezaba a congratularse de haber hecho caso a su amigo el teniente de la Military Police, quien había dado pruebas de poseer un buen olfato detectivesco.

Guardó el preciado transmisor en la guantera y abandonó el «Ford» caminando hacia el club.

Las luces rojas del rótulo luminoso llenaron su retina.

A ambos lados de la puerta, cuatro fotografías en color y a tamaño natural de sendas chicas. Una blanca, otra oriental, la tercera mulata y la última piel roja. Cuatro bellezas jóvenes que tenían tres cosas en común, según las fotografías: atractivo, cabellos largos y la misma ropa con que vinieron al mundo.

En aquellos instantes, Sam Farrow se sentía un detective en funciones, tal como siempre lo soñara. Aseguró el paso y se introdujo en el local pasando de la luz roja a una oscuridad total cuando notó que una mano le sujetaba el brazo.

—La entrada son diez dólares, cariño —le dijo una belleza en maillot, cosa que no pudo ver por no estar todavía sus ojos habituados a las tinieblas.

—Sí, sí, claro, diez dólares.

Pagó y la entrada le fue franqueada.

Una música rítmica de bongos llenaba el local, subiendo por encima de murmullos de conversación y risas femeninas.

Allí dentro había más luz. Lugares oscuros y otros con focos rojos, azules, verdes o amarillo miel.

Las mesas no se hallaban en la oscuridad y encima de cada una de ellas había un teléfono.

Farrow respiró tranquilo al descubrir a su hombre en una de las mesas.

Estaba solo, contemplando la pista donde se ejecutaba la parte fuerte del espectáculo.

Las cuatro bellezas que se anunciaban en la puerta danzaban al ritmo de los bongos profiriendo gritos a veces agudos y a veces ronc.

—No se permite estar de pie —dijo a su lado la voz de un camarero.

Sam Farrow miró al empleado. Iba a replicar, pero vio que la altura de este sobrepasaba en mucho a la suya y optó por obedecer.

—Sí, claro, ahora me siento en esa mesa mismo.

—Bien. ¿Qué va a ser? —inquirió, acercándole la silla.

—Pues una soda.

—¿Una soda? Con *whisky*, claro.

—Pues no, solo una soda pequeña, así de pequeña —y mostró con los dedos una distancia corta al tiempo que enseñaba sus dientes al sonreír.

—De acuerdo, una soda. Espero que no se embriague, amigo —gruñó el camarero.

—Es que luego tengo que conducir y ya sabe lo pesada que se pone la policía con los conductores alcohólicos.

—Ya, ya —repitió el camarero acuchillándolo con la mirada.

Sam Farrow hizo una cómica sonrisa de circunstancias, pero de lo que no se había dado cuenta él era de que Martin Schroeder le había mirado de reojo y vuelto de nuevo la cabeza hacia las bailarinas que evolucionaban de un lado a otro ejecutando su danza.

—Veremos cuánto rato estoy aquí. A lo mejor tengo suerte y veo con quién se entrevista ese hombre. Va a ser un caso interesante... Saldré en los periódicos y luego los casos lloverán sobre mi oficina. Sam Farrow, el mejor detective de Nueva York...

Mientras sus sueños se multiplicaban bajo la capa ósea de su cráneo,

Martin Schroeder tomó el teléfono. Marcó dos números y esperó con el auricular pegado al oído.

—Magnífico, ahora telefonea a alguien. Lo apuntaré en mi bloc —se dijo Sam Farrow poniendo manos a la obra.

—Aquí tiene su soda y si desea otra cosa, avise. Quizá le interese alguna chica...

—Oh, no, por ahora no, estoy muy bien así, quiero decir, mirando a las que bailan.

El camarero se encogió de hombros y se alejó.

Varías de las mujeres que se hallaban sentadas ante la barra le miraron por un instante y sus ojos se desviaron hacia otros derroteros. Aquel cliente no les interesaba.

Martin Schroeder estuvo hablando por el teléfono, aunque Sam no se enteró de lo que decía. Por último, se puso en pie y arreglándose el nudo de la corbata, se alejó de su mesa.

Mientras caminaba en dirección a la salida, Schroeder extrajo una cajetilla de tabaco.

Al pasar junto a la mesa ocupada por Sam, el paquete de cigarrillos se le cayó en ella.

Sam Farrow se puso pálido y Schroeder se inclinó hacia su paquete.

—Perdón, se me ha caído.

—No faltaría más —respondió Sam.

El chofer de la institución Riker se llevó un pitillo a los labios. Le prendió fuego y prosiguió andando hacia la puerta.

Sam Farrow se puso en pie casi de un salto.

«¡No puedo perderlo de vista!», se dijo.

Se iba a marchar ya, pero se volvió a tomar su «seltz» y a satisfacer el importe de la bebida carbónica. Después, se dirigió a la salida con paso rápido.

Abandonó la sala del «The World» y quedó en la zona oscura donde se hallaba la chica del maillot a la que no vio esta vez. En cambio, sí estaban dos tipos altos, vestidos de oscuro y con cara de pocos amigos que le cortaron el paso.

—Déjenme pasar. Tengo prisa.

—No corra tanto, amigo. Hay una chica que se ha prendado de su virilidad —le dijo uno de ellos que tenía la cara picada por la viruela.

—¿Ah, sí? Qué bien. Dígale que otro día volveré. Ahora tengo prisa.

Sam intentó avanzar hacia la puerta, pero se vio agarrado por los brazos y conducido hacia una puerta.

Luego, a empujones, anduvo por un corredor angosto con reservados a ambos lados. De algunos de ellos escapaban carcajadas de voces cascadas.

—Pero, ¡esto es un atropello! —protestó.

—Cuando le presentemos a la chica, le pediremos disculpas —gruñó el

de la cara picada que atendía por Joe.

Su compañero, un mestizo café con leche, se rio.

—Bueno, pues esa chica va a tener que oírme —advirtió Farrow resuelto, lamentándose por haber perdido de vista a Martin Schroeder.

—Ya llegamos —indicó Joe abriendo una puerta existente al fondo del pasillo.

Sam Farrow parpadeó al encontrarse de pronto en un callejón húmedo, hediondo, repleto de grandes cubos de basura.

Una rata gris movió su hocico al verles y luego saltó desapareciendo por el hueco de un colector.

—Eh, ¿qué es esto? ¿Una broma? —preguntó indignado.

El mestizo cruzó sus brazos en ademán fanfarrón y siseó:

—Me desagrada el trabajo cuando me lo ponen tan fácil.

—Es una lástima que meta las narices donde no le importa, amigo. Vamos a tener que rompérselas.

—No irán a pegarme, ¿eh? —balbució asustado, imaginando lo que iba a ocurrir.

Su paso por el «The World» no iba a tener un desenlace feliz.

—Es necesario —indicó irónico el de cara picada—. Así no volverás a entrometerte en la vida de nadie, amigo —suspiró y agregó—: Terminemos pronto, Fred. No podemos perder mucho tiempo en este basurero.

Sam trató de correr, pero el mestizo le cortó el paso.

Le golpeó duramente en el estómago y luego lo cogió sujetándole los brazos a la espalda.

—Vamos, dale. No vas a despellejarte los puños, Joe. Este tipo tiene la carne blanda.

—Mejor. Será como jugar con un muñeco de «latex».

—¡No me peguen, me quejaré, los denunciaré!

—¿De veras que vas a denunciarnos? —le preguntó levantándole la cabeza entre las dos manos.

Sam se asustó todavía más al ver la sádica sonrisa del tipo de la cara picada que respondía por Joe.

—No, no les denunciaré...

—Eso está mejor, amigo. Cuando despiertes de la paliza que te vamos a dar, olvídate de nosotros. No vas a probar nada y luego podríamos encontrarte de nuevo. Entonces sería peor, mucho peor para ti. Ahora, sé buen chico y a ver qué tal te portas.

Joe comenzó a descargar sus puños contra el bueno de Sam que resultó un mal encajador y sí un buen gritador.

—¡Ciérrale la boca! —apremió el mestizo.

—¡Socorrooooo!

El puño de Joe se estrelló en medio de la boca de Farrow y, al apartarlo de la misma, esta se hallaba manchada de sangre.

Entre los gritos y la pelea no se percataron del chirriar de un coche que acababa de arribar a la calle 156.

El propietario del automóvil escuchó los gritos. Otro, en su lugar, hubiera hecho oídos sordos tal como solía hacerse en aquel barrio frente al East River, pero el rubio y alto personaje centró su figura en el callejón y avanzó por él.

—Una pelea desigual, ¿no creen, muchachos? —preguntó irónico aunque su mirada era dura como el diamante.

—¡Chris! —balbució Sam al reconocerlo, pues aún no había perdido sus sentidos pese a los golpes que habían comenzado a llover sobre él.

—Vaya, con que se conocen, ¿eh? —gruñó Joe como si la situación le divirtiera.

—Sí. Resulta que es amigo mío y me molesta que las ratas se metan con él.

—¿Has oído, Fred? ¡Nos llama ratas!

—Sí, Joe —asintió el mestizo.

Separó a Sam de sí y le golpeó la nuca.

Farrow no se enteró de lo que pasó a partir de aquel instante, pues su mente se sumió en las sombras y ni se dio cuenta de que el suelo estaba duro y frío al rebotar su cabeza contra él.

—Sigue desigual la pelea, ¿no crees, Chris? Es así como te ha llamado él, ¿verdad?

—Sí, eso es, mi nombre es Chris —corroboró procurando que ninguno de aquellos dos matones consiguiera colocarse a su espalda.

—Bien, Chris. Todavía tienes opción para demostrarnos qué tal corres, porque dentro de unos minutos no te vas a diferenciar de la basura que nos rodea.

—¡Qué lástima! De pequeño no me enseñaron a correr cuando me encarara con dos simios sin un gramo de seso.

Fred y Joe intercambiaron una mirada de inteligencia. Fue el mestizo quien atacó primero.

Chris Sullivan esquivó la embestida del mestizo que hablaba con acento latino. Al mismo tiempo, saltó hacia un lado y propinó un puntapié en el costado de su atacante que lo hizo gruñir y tropezar con unos cubos de desperdicios, derribándolos.

—Con que has salido listo, ¿eh? —gruñó Joe.

Chris Sullivan no era un inexperto en luchas semejantes.

Más de una vez se había encontrado con marines zaragateros a los que había tenido que propinar una paliza para que se despejaran.

El puño del tipo de la cara picada pasó rozando su oreja justo cuando había apartado la cabeza para no encajar el ariete demoledor del puño de su contrincante.

—¡Ahora me toca a mí!

Las dos manos cayeron de canto y al mismo tiempo a ambos lados del cuello de Joe que abrió la boca de forma extraña.

Sus rodillas se doblaron, pero Chris alzó una de las suyas y la cara del tal Joe no aceptó bien el golpe.

Fred vio cómo su compañero quedaba tendido en el suelo y comprendió que no se las había de ver con un novato. Extrajo una navaja. Apretó su resorte y la hoja afilada y puntiaguda quedó desnuda y amenazadora.

—Cuidado, puedes pincharte con ese juguete —advirtió Chris irónico y seguro de sí pese a que el mestizo tenía el cuchillo y se le acercaba encorvado.

—Voy a coserte la camisa al cuerpo.

Chris tenía a su espalda el principio del callejón. A ambos lados, paredes de ladrillo y cubos repletos de basura. En el suelo había tres cubos volcados. Delante, el mestizo, con la mirada propia de un homicida, y tras este, dos cuerpos tendidos.

—¡Sam, déjalo, tú no te metas en esto! —gritó Chris de pronto.

El mestizo, creyendo que el compañero de Sullivan había despertado y trataba de atacarle por la espalda, se volvió recibiendo una sorpresa desagradable.

Sullivan propinó una patada a uno de los cubos que fue a parar contra las piernas de Fred, derribándole.

—¡Maldito, no te saldrás con la tuya! —gruñó el mestizo tendido de espaldas.

Haciendo gala de su agilidad, Chris saltó como un felino dejando caer la suela de su zapato contra la mano armada con el acero. La aplastó sin pensarlo dos veces.

Fred dio un respingo de dolor y se revolvió como una serpiente.

La hoja cayó al suelo y Chris la recogió rápidamente, tirándose luego sobre el mestizo. Este pronto vio la hoja junto a su garganta.

—Te ha salido mal el juego, amigo. Te conviene estarte quieto.

Fred tragó saliva con dificultad y, desarmado en manos de su enemigo, se sintió cobarde.

—Espera, no me mates...

—¿Por qué no he de hacerlo? —preguntó Sullivan acuchillándole con las pupilas.

—Nosotros no tenemos nada contra tu amigo.

—¿Ah, no? —preguntó irónico mientras efectuaba una ligera presión con la punta de la navaja en el cuello del matón del club nocturno para así intimidarlo más.

—No, no, mi compañero y yo...

—Solo queráis darle una paliza, ¿me equivoco?

—No, no queríamos matarlo, solo vapulearlo un poco.

—¿Y por qué?

—Un tipo nos ha dado cien dólares para que lo hiciéramos. Nosotros no sabemos nada. Él nos ha dicho que tu amigo se estaba entrometiendo en sus asuntos.

—Y ha dado unos dólares a unos matones para que lo vapulearan, ¿no es eso?

—¿Y quién es ese tipo?

—Lo ignoro.

—¡Mientes!

—Te juro que no lo sé —dijo sudando de miedo—. Cualquiera puede ponerse en contacto con nosotros por los teléfonos de las mesas. Solo sé que es un tipo algo calvo y con bigote.

—Mejor para vosotros que no sepáis mucho más. Ahora, a dormir un rato.

—¿Qué? —preguntó el mestizo desconcertado por las últimas palabras de Sullivan.

Chris golpeó por dos veces, con gran precisión, el mentón de Fred.

Este cerró los ojos para ver más estrellas que las que le mostraba el trozo de cielo que podía verse desde el angosto callejón.

Chris arrojó la navaja a uno de los cubos de basura y se inclinó sobre Sam ayudándole a incorporarse.

—Vamos, Sam, arriba. Es mejor que abandonemos este colector.

—¡Eh, eh, Chris, quieren pegarme!

—¿Quieren? No, ya te han vapuleado. Creo que para ser un buen detective te convendría ir un poco al gimnasio y entrenarte al menos para hacer en pocos segundos las quinientas yardas lisas.

Sam Farrow miró a los dos tipos que yacían en el suelo y luego a Sullivan.

—¿Lo has hecho tú solo? —inquirió perplejo.

—No me ha quedado otro remedio. Se habían puesto pesados.

—Creo que sí tendré que ir a un gimnasio —aceptó hablando con dificultad.

Tenía la boca hecha polvo y todo el cuerpo le dolía.

Chris lo sacó del callejón y lo condujo a su «Mercury», sentándolo dentro de él. Después, se puso al volante.

El sedán comenzó a rodar alejándose del «The World Night club».

—¿Adónde me llevas?

—A ver a un médico.

—¿Conoces a alguno por aquí? Tendremos que mirar el directorio o el listín telefónico.

—No te preocupes, conozco a una buena.

—¿A una?

Ante la extrañeza de Farrow respondió:

—Sí, se llama Victoria Haner.

—¡Pero, si es una veterinaria! —protestó Farrow.

—Descuida, cuando la veas te pones de cuatro patas y ladras un poco. No habrá problemas. Ahora, si puedes hablar, ve explicando lo ocurrido y cuanto has averiguado.

CAPÍTULO VI

—¿Quieres algo bebestible? —preguntó Valery desde la cocina a su hermana que se hallaba en el amplio y bien decorado *living*, en el que no faltaba nada.

—No, no me apetece nada.

—Tú siempre igual, Victoria. Por eso te has quedado soltera. Yo, a tu edad, pienso ser la madre de cinco niños por lo menos.

Victoria Haner no respondió aunque, por un instante, su mente retrocedió al pasado, rememorando el natalicio de Valery en una pequeña aldea adonde habían ido su madre y ella hacía diecinueve años.

No, Valery no se enteraría nunca de lo ocurrido allí, del dinero gastado para sobornar a un juez de paz, de los papeles falsificados, del engaño a familiares y amigos. No, ella no sabría nada, era mejor así.

Nadie vivía ya para aclarar las cosas. El juez de paz era viejo por aquel entonces y por ley natural debía haber muerto pero, aunque viviera, por él tampoco sabría la verdad.

Valery apareció en el *living* con un vaso de Coca-Cola en la mano en el que flotaba una rodaja de limón. Se acercó al pequeño bar y tomando la botella de ginebra completó el combinado.

—¿Estás segura de que no quieres nada, Victoria? El golpe parece que te ha dejado con aire hipocondríaco.

—No seas cursi —replicó la doctora mirando a Valery que ahora vestía una minifalda. Su cabello estaba peinado en forma de larga cola que partía de la nuca para caer por delante de su hombro. Sí, Valery era bonita, muy bonita.

—¿Qué miras tanto? ¿Me cae mal el vestido?

—No, al contrario. Te cae muy bien. Mira, será mejor que me sirvas ginebra.

—¿Con hielo, con cola, con soda?

—No, sola. Es cierto que necesito algo fuerte. Tengo mucho dolor de cabeza. Jamás me había sentido tan mal.

—Si te acuestas, puede que te recuperes.

—Tengo miedo de acostarme.

—¿Por qué?

—No lo comprenderías.

—Vaya, todavía me consideras una niña. Te advierto que los hombres no opinan lo mismo que tú.

—Estoy segura.

—¿Entonces...?

—Verás, Valery, no te considero una niña, ni mucho menos. Es más, vivimos solas tú y yo y casi soy una madre para ti.

—Es cierto. Tú me cuidas, me das consejos y me tienes en el Rangers Politécnico.

—¿Es que no estás a gusto allí?

—No demasiado. Preferiría ser útil. Ya me he cansado de estudiar.

—De eso ya discutiremos en otro momento. Lo que quería decirte es que me satisfaría mucho que tuvieras un novio formal, no un desgrefñado de esos que corren por la ciudad.

—No se llaman desgrefñados, Victoria, sino «hippies».

—Lo que sea. Quiero... Bueno, me agradaría que te casaras y no tuvieras que vivir ninguna experiencia amarga. Si yo faltó algún día me sentiría tranquila si estuvieras cuidada por un hombre que sepa serlo.

—Vamos, vamos, no te pongas trágica. Tú y yo nos llevamos bien y no tiene por qué pasarte nada —dijo tras verter la ginebra en un vaso y tendérsela a su hermana.

Victoria Haner hizo rodar la bebida dentro del vaso con un movimiento de su mano. Luego, dijo:

—Fíjate en el golpe de mi sien. Podía haber muerto. ¿Qué hubiera sido de ti entonces?

—Pues, me habría puesto a trabajar.

—Valery, todo no es tan fácil como crees —hizo una pausa, como pensando lo que iba a decir y luego preguntó—: Valery, ¿qué me responderías si te dijera que tengo miedo?

—¿Miedo, de qué?

—No sé, de algo inconcreto todavía, algo maligno, monstruoso quizá.

—¿Cómo sabes que es maligno y monstruoso si aún no sabes qué es?

—No sé, presiento algo, algo que he vivido o quizá soñado durante mi inconsciencia. He tenido pesadillas horribles, como jamás hubiera imaginado.

—Solo son pesadillas, tú lo has dicho —dijo Valery acercándose y sentándose en el brazo del sillón para acariciar la cabeza de su hermana.

—Puede que sean pesadillas. Sin embargo, ahora estoy despierta y sigo teniendo mucho miedo.

—Vamos, Victoria, toma la ginebra. Mañana verás cómo todo es diferente. Tú misma me has dicho eso en otras ocasiones cuando he estado preocupada por algo.

—Pero, es que esta vez —arguyó dubitativa, mirando el fondo del vaso sin verlo—. En fin... —dijo como si no hubiera solución a su estado de ánimo.

Tomó la ginebra de un trago, sin pestañear, cosa que extrañó a Valery.

—Caramba, Victoria, creí que no bebías y te has tragado la ginebra como un lobo de mar.

—Bueno, alguna vez, cuando me he sentido sola aquí en casa, he bebido un poco.

En aquel instante sonó el timbre de la puerta.

Ambas se quedaron mirando la hoja de madera, entre asombradas y ligeramente asustadas.

—¿Quién será ahora? —inquirió Valery.

—No abras —ordenó Victoria más que indicó.

—¿Por qué? No creo que sea ningún asaltante.

—Eso no lo sabes. Somos dos mujeres solas y...

—Tranquila, hermana, tranquila —dijo Valery más resuelta.

Anduvo hacia la puerta y la abrió tras poner la cadena de seguridad.

—¿Quién es, qué desea?

—Soy Chris.

—¿El de la Military Police? —dijo alegre Valery, quitando la cadena y franqueando la entrada al tiempo que su hermana decía:

—Dile que no recibimos ahora.

—Lo siento, doctora Haner, pero hay cosas que no se pueden demorar.

Chris Sullivan penetró en el apartamento, llevando junto a sí al maltrecho Sam Farrow.

—¿Qué ha ocurrido, qué le sucede a ese hombre? Está lleno de sangre —objetó Victoria poniéndose en pie de un salto.

—Se ha tropezado con algunos que no le quieren bien y como es mi amigo, he creído que sería conveniente curarle. No es nada serio. Unas cortaduras y unos golpes.

—Pero, yo no soy médico, sino...

—Veterinaria, lo sé —asintió Chris mientras Valery cerraba la puerta tras ellos—. Sin embargo, usted sabe cómo curar unos golpes. Claro que si no le queda un hálito de humanidad dentro del cuerpo, seguiré paseando a mi amigo por la ciudad en busca de un doctor.

—Está bien, le curaré pero antes dígame, ¿por qué me lo ha traído a mí?

—Por dos razones.

—¿A saber?

—La primera es que sabía que no iba a enfadarse y la segunda que aprovecharía la cura para charlar con usted.

—¿De perros?

—No, de otros animales más peligrosos pero, eso vendrá luego. Primero, cure a Sam; le hace falta.

—Enseguida. Valery, tráeme el botiquín.

—Ahora mismo —asintió la muchacha abandonando el *living*.

—¿Lo ves, Sam? Ya te he dicho que le daría lo mismo curar a una especie de animal que a otra.

Sam gruñó pero no objetó nada.

Poco después, tenía que hacer grandes esfuerzos para soportar el alcohol con el que Victoria limpió algunos de los cortes que tenía en el rostro.

—¿Le duele? —preguntó la doctora.

—¿Y usted qué cree? —preguntó él, lacónico y malhumorado.

—Vamos, Sam, vamos. Para ser un buen detective hay que saber pasar también por estos tragos.

—¿Detective ha dicho? —repitió Victoria clavando su mirada en los ojos de Chris Sullivan.

—Sí. Le vamos a hablar claro, doctora.

—Sí, será mejor que lo haga. No entiendo nada de todo esto.

Antes de responder, Chris miró a Valery y opinó:

—Estás más linda aún que con los pantalones.

—Gracias, Chris. ¿Quieres tomar algo?

—Pues sí, dame lo mismo que tú bebes. A mi amigo prepárale algo suave.

—Yo preferiría algo fuerte —gruñó Sam.

—Está bien, algo fuerte, *whisky* por ejemplo. Luego reiremos —dijo Chris.

—¿Reír, por qué?

La pregunta de Sam no obtuvo respuesta.

Valery le tendió un vaso con *whisky* y cuando se llenó la boca con el alcohólico licor, su rostro enrojeció como la grana.

Tragó de golpe el sorbo de *whisky* y respiró con fuerza como si se tratara de un dragón que exhalara fuego por la boca.

Chris rio y las dos mujeres le observaron interrogantes.

—Tienes razón, Chris, algo suave, por favor...

—Ya has oído, Valery, algo suave para mi amigo que tiene las encías hechas polvo y no se acordaba de que el *whisky* lleva mucho alcohol. Sin embargo, le habrá ido bien para limpiárselas.

Minutos después, Sam se hallaba tranquilo en un sillón.

Victoria se había acomodado en otro y Chris estaba sentado en el sofá, situándose Valery muy cerca de él.

—¿Pueden explicarme ahora todo lo que sucede? —inquirió Victoria.

—Con mucho gusto. Espero que usted podrá ayudarnos.

—Si es posible...

—Estamos investigando la muerte de una mujer llamada Amely Randall.

—Creo que de eso se está preocupando la policía. ¿Son ustedes oficiales de la policía?

—No, ya le he dicho que mi amigo es detective privado.

—La víctima era cliente mía —aclaró Sam—. Me pidió que investigara sobre la muerte de «Rudy».

—¿«Rudy»? No he oído hablar de él.

Chris explicó:

—«Rudy» era el caniche de Amely Randall. Murió aplastado por el furgón de su institución Riker.

—Lo siento, pero no creo que sea misión del furgón ir aplastando los perros de los demás.

—Una buena observación, pero ¿no cree demasiada coincidencia que tras la entrevista que celebró con mi amigo, Amely Randall fuera atropellada y muerta por dicho furgón?

—Sí, pero si ha preguntado a la policía ya sabrá que el furgón fue robado la noche anterior y, por tanto, quien atropelló a Amely Randall no podía ser personal del centro.

—Doctora, ignoro qué parte puede usted tener en esto, pero dígame, ¿supone quién ha podido dejar a mi amigo tal como está? —inquirió señalándolo.

Todas las miradas coincidieron en el rostro lleno de esparadrapos y cardenales.

—Pues, no caigo. Nueva York es una ciudad grande y tiene muchos maleantes.

—Es cierto, y fueron dos de ellos. Quedaron tendidos en un callejón.

—¿Muertos? —preguntó Valery interesada.

—No, solo dormidos.

—Si no llega a ser por Chris, aquellos energúmenos me liquidan y dejan mi cadáver tirado en medio de la basura —se lamentó Sam Farrow.

—Chris, ¿tú los has dejado K. O.? —inquirió Valery.

—Vamos, hermana, cállate y deja que hablen.

—Sí, será mejor que hable, doctora. Le diré que alguien ha dado unos dólares para que vapuleasen un poco a mi amigo. ¿No le interesa saber quién ha pagado ese dinero?

—¿Cree que me incumbe el caso? —preguntó Victoria Haner a la defensiva.

—Sí, creo que le concierne como directora de la institución Riker que es. El hombre ha sido Martin Schroeder, el chofer, y si ha actuado de esa forma, tendrá sus motivos.

—¿Por ejemplo?

—El asesinato de Amely Randall —puntualizó con gravedad, sin apartar la mirada de la doctora, buscando las emociones que podía expresar su rostro.

Victoria Haner se puso en pie resuelta y anduvo hacia la puerta, abriéndola.

—Su amigo el detective ya está curado. No pueden acusarme de inhumana y ahora, márchense.

Valery, molesta por la actitud de su hermana, interpeló:

—¡Victoria!

—Tú cállate, sé lo que me hago. Ustedes, váyanse. No estoy dispuesta a que nadie me acuse de complicidad en un supuesto e imaginario asesinato. Si me han de hacer un interrogatorio, que sea la policía. Su amigo es un detective y no le asiste derecho legal para interrogarme. En cuanto a usted, aunque sea un teniente de la Military Police, tampoco puede preguntarme, porque según creo, recordar está de permiso y solo busca orientación para la cría de perros alsacianos.

—Doctora Haner, creo que sabe usted más de lo que expresa y diría más, opino que tiene miedo.

—¿Miedo, yo? Es absurdo —dijo con desdén y mirando a su hermana de soslayo. Esta calló cuando iba a decir todo lo contrario que ella.

—Si cambia de opinión y quiere hablarme, le dejo una tarjeta de la oficina de mi amigo. Esperaré al teléfono su llamada.

—No se moleste, no hace falta.

—Sí hace falta —se volvió hacia Sam y le tendió la mano.

Farrow sacó una de sus tarjetas y la depositó sobre la mesita de centro.

—Bien, doctora, gracias por los pegotes que me ha puesto —dijo Sam—. Pero créame, vale la pena pensar en hacer caso a mi amigo. Él olfatea dónde huele sucio. Yo tampoco lo creía en principio, pero para convencerme, ahora solo tendría que mirarme al espejo.

—Es un chiste muy malo —opinó Victoria Haner.

—Sí, también es un chiste muy malo que dos muchachos del Rangers Politécnico han desaparecido misteriosamente, dos de los mejores gimnastas. Además, me he informado y ha habido desapariciones simultáneas de otros jóvenes de ambos sexos en distintos lugares de la ciudad. Creo que la Prensa comenzará a preguntarse qué ocurre y la policía dejará de pensar que han sido simples abandonos de hogar para seguir a los «hijos de las flores».

—¿Qué quiere insinuar con la noticia de esas desapariciones? No tenía ni idea de ellas.

—Mejor así. En Estados Unidos, el rapto es un delito federal castigado con la pena de muerte. Ah, me olvidaba... Encontré este bolígrafo dentro del furgón que atropelló a Amely Randall y considero que es muy significativo que lleve el nombre del Rangers Politécnico grabado en él.

Dicho esto, abandonaron el apartamento.

Victoria Haner, contemplada por su hermana que la reprochaba con la mirada por su poca colaboración, quedó mirando el bolígrafo como fascinada.

CAPÍTULO VII

La escalera no inspiraba ninguna clase de confianza.

Más que olor, despedía hedor, y los peldaños estaban gastados por el uso. Bombillas amarillentas, de escasa potencia, iluminaban un piso sí y otro no.

Aquella parte de Manhattan, situada junto al Harlem River, frontera de la ciudad y frontera de dos razas, no era la que presentaban en las películas norteamericanas para hacer propaganda de su sistema de vida.

No, aquel sector de la ciudad resultaba oscuro, sucio, mísero, era la otra cara de la moneda.

Sin embargo, por aquella noche, Chris Sullivan no pensaba introducirse en el Harlem propiamente dicho, en sus camas calientes donde podía dormirse por unos centavos apenas había despertado el cliente anterior.

Estaba seguro de la dirección que lograra averiguar, y cuando llegó al cuarto piso llamó al timbre de la puerta.

—¡Cochino timbre! —maldijo una voz que, pese a ser cascada, probablemente por la bebida y el vicio del, tabaco, podía identificarse como femenina.

—¿Quién es? —preguntó ahora la voz de un hombre.

—Un amigo. Vengo a traerle algo que se le ha perdido. Es muy importante —dijo Sullivan quieto frente a la puerta.

—¿Algo que se me ha perdido? —repitió la voz desde el interior de aquel apartamento barato.

Intrigado, el hombre fue hasta la puerta y la abrió. Quedó enmarcado en ella, mirando a su inesperado visitante.

—¿Es usted Martin Schroeder, chofer de la institución Riker? —preguntó el oficial de la Military Police.

—Sí. ¿Qué se me ha perdido o, mejor, qué se le ha perdido a usted, amigo? —inquirió receloso al ver que Sullivan no llevaba ningún paquete en la mano.

—Lo que se le ha perdido es esto.

El puño de Sullivan, como accionado por un resorte, se disparó adelante, alcanzando en pleno rostro a Schroeder que dio un traspié hacia atrás, chocando contra una silla.

Por el impulso, dio una voltereta en el aire y cayó al otro lado de la misma.

Sullivan pasó al interior del apartamento que no desmerecía con el ambiente de la escalera.

Muebles viejos, muros desconchados y algunas fotografías obscenas

clavadas con chinchetas en las paredes.

El apartamento no era muy grande. Tenía una salita reducida a la que se abrían dos puertas. Una de ellas pertenecía al aseo y la otra al dormitorio, más bien pequeño y cuya cama quedaba centrada delante de la puerta.

Sobre el lecho, una mujer de gustos baratos, no demasiado madura pero ya con bolsas bajo los ojos enrojecidos y una dentadura amarillenta.

La fémina sonrió al ver a Sullivan y dijo:

—Estás muy fuerte, cariño. Tienes unos puños duros.

Schroeder se levantó con dificultad y miró con odio a su visitante. Tras enjugarse un hilillo de sangre que apareció en sus labios, gruñó:

—Va a pagarme esto. Le denunciaré por atropello y allanamiento de morada.

—Si quiere denunciarme, hágalo, pero le advierto que soy teniente de la policía —dijo Sullivan sin aclarar que era policía pero militar, y que en su permiso no actuaba por cuenta de nadie.

Schroeder parpadeó y miró a un lado y a otro, asustado.

Por su parte, Sullivan se encaró con la chica y preguntó:

—¿Es la mujer de Schroeder?

—¿Yo, la mujer de Schroeder? —repitió riendo—. Si fuera su mujer, le saldría más cara, ¿verdad, Martin?

—Vete al diablo —gruñó el interpelado.

Sullivan ordenó a la mujer que vestía un ajustadísimo pantalón negro y se contorneaba ostensiblemente al caminar:

—Será mejor que recoja sus cosas y se marche. Tengo que hablar con él.

—Está bien, me largo —se encaró con Schroeder, chasqueó los dedos y pidió—: Los diez «pavos» prometidos.

Martin Schroeder se revolvió entre gruñidos. Hundió su diestra en el bolsillo y extrajo unos billetes que contó de malhumor.

Al fin, estiró la mano con los diez dólares hacia la mujer que los recogió apresuradamente.

—Así está mejor —se volvió hacia Sullivan, incitante y le dijo maliciosa —: Él es horrible, por eso le cobro. En cambio tú, tú eres muy atractivo...

—Gracias —replicó seco Chris.

—No me has entendido, amor. Para ti seré una *free-girl* —recalcó casi pegándose a él.

Pero el teniente, sin descuidar la vigilancia de Schroeder la acompañó hasta la puerta.

—Cuando necesite de ti, ya vendré a buscarte —le dijo para sacársela de encima.

—Eso espero, amor. Me encontrarás en el «snack» de Bob. Está aquí, en la esquina.

—De acuerdo, de acuerdo.

Con suavidad, la empujó hacia el descansillo de la escalera y cerró la puerta.

Después, se enfrentó con el hombre de escaso cabello y gran bigote.

—Bien, Schroeder, supongo sabrás por qué te he dado un puñetazo.

—La policía utiliza métodos muy duros, pero soy un contribuyente y conozco mis derechos. Pagaré a un abogado para que le hunda.

—No soy de la Metropolitana —advirtió cruzándose de brazos.

—¿Ah, no? Entonces...

Schroeder estaba intrigado y miraba con recelo a su visitante que por todo saludo le había propinado un puñetazo en plena cara, del que tenía vivos deseos de resarcirse.

—Soy de la Military Police.

—¿La Military Police? ¡Yo no soy un recluta ni un espía militar! ¿Con qué derecho...?

—No se congestione, Schroeder. He venido solo con un derecho: el de cobrar un recado por un amigo mío que no ha podido venir.

—No entiendo nada y nada tengo que ver con la Military Police.

—Usted pagó a unos tipos para que le acariciaran en un callejón.

Los ojos de Schroeder expresaron miedo.

—¡Fuera de aquí, yo no sé nada!

El chofer trató de empujar a Sullivan hacia la puerta, más se encontró de nuevo con la dureza de los puños de este que le golpearon primero en el estómago y luego en el mentón, enviándolo contra un pequeño estante.

—¡Lo mataré!

Schroeder hundió su diestra entre unos libros y la sacó armada de una pequeña «Browning».

El pie de Sullivan se alzó veloz hacia la mano de Schroeder e hizo saltar la automática por el aire. Luego, se apresuró a recogerla y apuntar con ella al chofer.

—Por lo visto eres bastante estúpido, Schroeder.

—¡No tiene derecho! ¡Me quejaré, es un atropello, un allanamiento de morada! —protestó congestionado, tratando de ocultar su miedo al ver el cañón de la «Browning» encarado hacia su rostro.

—Es cierto, no tengo derecho porque estoy de permiso y actúo particularmente en este sucio asunto.

—¡Voy a empapellarlo, teniente, yo también tengo amigos!

—Lo sé perfectamente. El doctor Riker está muy bien considerado, pero tú me vas a contar unas cuantas cosas de él.

—No sé nada, nada —repitió echándose hacia atrás y escapando del arma que cada vez se acercaba más a su cara.

—No sabes nada, ¿eh? ¿Y por qué has hecho vapulear a mi amigo?

—Yo no conozco a su amigo, no sé quién es.

—Sí, sí lo sabes. Es el detective Farrow, un hombre bajo, algo grueso y con sombrero hongo. No me repitas que no lo conoces porque empezaré otra vez a castigarte la cara.

—Sí, sí sé quién es —reconoció ahora—. Ese tipo me venía siguiendo y me ha molestado mucho. La única forma de sacármelo de encima...

—Era pagando a otros, porque tú eres lo suficientemente cobarde para no enfrentarte a nadie cara a cara.

—Yo solo quería que lo asustaran para que me dejara en paz.

—¿Y por qué querías que te dejara en paz, de qué tienes miedo?

—De nada, solo que me molestaba.

Ante el énfasis de la réplica de Schroeder, Sullivan sonrió irónico y colocó el cañón de la «Browning» en el cuello de su interlocutor.

—El doctor Riker es mi patrón.

—Sí, ya sé que tú eres el chofer de la institución Riker y me gustaría saber qué es lo que va a hacer el doctor Riker cuando en una Corte te acusen de homicidio premeditado y a sangre fría.

—¿Homicidio? ¿Está loco?

—Cuidado, Schroeder, se me puede contraer el dedo y resultaría fatal para tu cráneo, ya que está apoyado en el revólver.

—No sé de qué me habla, está loco.

—No, no estoy loco y sabes perfectamente de qué te hablo. Amely Randall fue asesinada por un furgón y tú eras el tipo que lo conducía.

—Eso no es cierto, ya lo sabe la policía. El furgón fue robado la noche anterior.

—Eso es un truco burdo que no va a servirte de nada.

—Pero ¿quién diablos es usted? ¿Pariente de la muerta, acaso?

—No. Solo estoy interesado en el caso porque mi amigo es investigador y está empeñado en resolver este enigma que cada vez se hace más oscuro. Estoy seguro de que tú has sido el autor del asesinato.

—¡No es cierto, no hay pruebas!

Sullivan se sonrió ante el miedo y desconcierto de Schroeder.

—Te olvidaste de una prueba, de un objeto delator.

El chofer parpadeó desconcertado. Luego, replicó obstinadamente:

—No, no me hará caer en ninguna trampa. No existen pruebas de que condujera el furgón.

—Sí las hay, y yo tengo una.

—¿Cuál? —preguntó con avidez, sintiendo que la boca se le reseca.

—Eso es cuenta mía, Schroeder, pero yo tengo una prueba que además complica las cosas para ti.

—No va a embrollarme, teniente, no lo conseguirá. Es listo, pero no se saldrá con la suya.

—Te diré algo que va a hacerte ver lo estúpido de tu comportamiento. Han desaparecido dos muchachos del Rangers Politécnico.

Al oír aquellas palabras, Martin Schroeder no pudo evitar palidecer. Sin embargo, se rehízo rápidamente.

—¿Y qué tiene que ver eso? Todos los días desaparece gente.

—Pero no de un modo metódico, estudiado. Dos del Politécnico de Nueva Jersey y otros de distintas escuelas importantes. En todas ellas, el doctor Riker es médico titular vigilante de la salud de los muchachos.

—Creo que su mente es obsesivamente enfermiza. Ignoro de qué me habla.

—Lo sabes bien, Schroeder. Raptos, tal como suena, raptos de jóvenes de ambos sexos y una simple frontera estatal no va a protegerlos. El rapto es un delito federal castigado con la pena de muerte. Vamos, Schroeder, estás perdido. Confiesa y puede que los jueces sean benevolentes contigo.

—¡No sé nada, nada! ¡No me hará hablar, no lo conseguirá! ¡Pretende sonsacarme lo que no existe, lo que solo es producto de su imaginación!

—¿Y es producto de mi imaginación la prueba que tengo?

—¿Qué prueba es esa? —inquirió Schroeder excitado.

Chris Sullivan continuaba apuntando a la cabeza del chofer con la pistola. Sabía que su prueba era más que pobre y estaba cimentada solo en suposiciones. No obstante, repuso:

—De esa prueba se va a encargar la Metropolitana y el FBI.

—No tiene ninguna prueba. Es mentira.

—Estás muy seguro de tu trabajo, Schroeder, una lástima, porque acabarás en la parrilla eléctrica. En cambio, si me entregas una confesión en regla...

—No confesaré nada porque nada tengo que confesar, aunque me amenace con la pistola. Mi abogado le pondrá dificultades cuando le cuente lo que está sucediendo.

—Podría llevarte a la estación de policía y allí hablarías.

—¿Para qué he de hablar si usted ya tiene una prueba? —preguntó cínicamente, seguro de sí por primera vez.

—Es cierto, no tengo por qué amenazarte con una automática y tampoco pedirte una confesión cuando todo está claro y tengo una prueba. Sin embargo, quería ayudarte.

—No me haga reír, teniente.

—Has de saber que con una confesión tuya de dónde están los muchachos raptados y el modo de llegar hasta ellos, las cosas se facilitarían y evitarías el derramamiento de sangre.

—No hay muchachos raptados, no hay nada, solo son estúpidas suposiciones tuyas. Ahora, dispáre. Sé que no va a hacerlo, es más inteligente que todo eso, como tampoco me llevará a una estación de policía porque no tiene prueba alguna.

Sullivan se guardó la pistola. Sonrió con desdén y replicó:

—Eres un peón que no tiene mucha importancia. El que me interesa

realmente es el doctor Riker.

—¿Un peón sin importancia? ¿Y por qué ha venido a pegarme?

—Porque para llegar al rey, a veces hay que matar al peón primero. En este caso, tú ni sirves para eso. Si he venido es para cobrarme por mi amigo los golpes que a él le han dado y, ¿por qué negarlo? También para facilitar las cosas y evitar una *massacre*.

—Largo de mi apartamento, aquí no tiene nada que hacer. No hay nada que yo pueda decirle y si quiere un consejo, déjeme en paz o lo lamentaré.

—Por si se te ocurre pagar a matones para que me asusten, te advierto que es malo gastar tu dinero. Presentaré mi prueba a mis colegas de la policía civil. Cuando sea oportuno, pasaremos por la institución Riker. Quizá allí encontremos algo más que perros.

—¡No encontrarán nada, nada!

—Eso todavía está por ver, Schroeder. Conseguiré una orden para mañana y estaréis todos perdidos.

Chris Sullivan abandonó el apartamento y descendió pausadamente la hedionda escalera.

Sabía bien que no poseía pruebas para poner en marcha a la Metropolitana por el homicidio de Amely Randall y tampoco para que el FBI hiciera funcionar su maquinaria anticriminal. Por otra parte, consideraba al doctor Riker lo suficientemente listo para no dejarse descubrir fácilmente. Si se presentaba en la institución Riker, allí no iba a encontrar nada. Su plan era mucho más sencillo: crear el desconcierto, la inquietud, el miedo en aquellos hombres que estaba seguro estaban cometiendo algo sucio e inconfesable.

Victoria Haner tenía la inquietud en el cuerpo, lo había visto en sus ojos.

Sin embargo, al parecer era más dueña de sus actos y además daba la impresión de estar dominada por el doctor Riker.

Su hombre era Martin Schroeder, él sí tenía miedo, él sí se sentía acorralado. Él sería quien lo echara todo a rodar y solo habría que seguirle de cerca para llegar al meollo de aquel extraño caso.

CAPÍTULO VIII

Chris Sullivan se pasó la mano por la boca y bostezó largamente. Era el sueño lo que le invadía. Apartó su mano del rostro y pulsó el timbre de la puerta. Luego, esperó unos instantes.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina al otro lado de la hoja.

—Abre, Sam. Soy Chris.

El cerrojo interior fue descorrido y la hoja de madera franqueada. Ante él, el rostro de Farrow en el que destacaban las tiras de esparadrapo y algunos morados.

—Hola, Chris. Ya me estaba durmiendo.

—Y yo también —respondió el teniente de la PM pasando al interior de la oficina del nuevo detective privado.

Sam Farrow le siguió con vivo interés hacia el despacho particular, pero para preguntar, tuvo que esperar a que Chris Sullivan se sentara tras la mesa despacho y descansara sus pies sobre esta.

—¿Has averiguado algo, Chris?

—Poco, muy poco.

—Poco siempre es algo.

Chris dejó de bostezar ante el interés demostrado por Sam Farrow.

—Verás, estoy convencido de que Martin Schroeder tuvo mucho que ver con la muerte de Amely Randall.

—Entonces, ¿le denunciaremos?

—Calma, calma, amigo Sam. Tienes que aprender a tener paciencia. Si lo denuncias, ¿con qué pruebas vas a acusarle?

—Si tú dices que es culpable, algún motivo tendrás.

—Motivo para pensarlo, varios. Por ejemplo, el que te hizo vapulear a ti.

Con gesto de dolor, Farrow se pasó la diestra por la cara.

—Sí, eso es cierto. Me temo que tendré que ir a un gimnasio a aprender judo y karate.

—No te iría mal.

—Sí, pero ahora dime qué motivos hay más para sospechar de él.

—Tiene miedo. Ha estado a punto de utilizar una pistola contra mí al sentirse acorralado.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Calmarlo con algún que otro puñetazo. En fin, nada. Solo lo he asustado un poco más. He tratado de ponerle la inquietud en el estómago para que se le revuelva.

—Pero ¿ha declarado algo? Me refiero en su nerviosismo.

—No. Por lo visto, hoy por hoy le tiene más miedo a Riker que a mí. Sin embargo, no esperaba tanto. Lo que sí pensaba es que una vez le dejara solo correría tras el doctor Riker para contarle lo ocurrido y por ello me he puesto de plantón en la calle. De eso hará varias horas.

—¿Lo has seguido?

—No. Debe haberse comunicado con Riker por teléfono y este le habrá dicho que no haga el imbécil.

—De lo que se deduce que tu espera no ha servido de nada.

—Eso es, Sam. Si tuviera algo más que un bolígrafo con el nombre de una escuela...

—A lo mejor, al FBI le bastaba.

—No es tan sencillo como tú crees, Sam. Cada día, en cada ciudad, desaparecen personas, en especial jóvenes de ambos sexos.

—Y maridos —agregó Farrow queriendo hacer un chiste fácil.

—Sí, pero este no es el caso. El FBI investiga las denuncias que llegan a sus oficinas y estoy seguro de que tienen las mesas llenas de ellas: Padres quejándose de la ausencia de sus hijos y más en los días que vivimos, con esos movimientos de los hijos de las flores, en fin, que no nos harían caso.

—Pero, siendo tú teniente de la Military Police...

—Me atenderían, desde luego y muy amablemente, pero después mis observaciones desaparecerían en el fondo del cajón de cualquier mesa abandonada de las oficinas federales. Por otra parte, informarían a mis superiores de lo que ocurre y estos me advertirían que no debo entrometerme en asuntos que no son de mi incumbencia. Tendría que abandonar Nueva York en menos de doce horas. Sam, quiero terminar mi permiso dejando claro este extraño caso que podría titular «la otra cara del doctor Riker» y si no consigo pruebas suficientes no puedo recabar la atención de los federales ni de la Metropolitana. Me desagradaría no dejar mi cabeza limpia de dudas.

—Es cierto, tus suposiciones no tienen fundamento.

—Eres un extremista, Sam y fácil de convencer pero no, mis suposiciones no carecen totalmente de base.

—Ya tenemos un cadáver. Varios raptados y una paliza.

—Y otro cadáver.

—¿Otro cadáver? ¿Quién es? No me habías dicho nada.

—Sí, lo sabes muy bien. El cadáver del caniche de Amely Randall.

—¿El caniche? ¡Puaf! —exclamó con desagrado—. Él tiene la culpa de todo. Si Amely Randall no hubiera venido con el cuento del caniche, tú no me habrías metido en esto y quizá estaría resolviendo otro caso más importante.

—Si te quejas, déjalo correr.

—¿Después de ser vapuleado? ¡No! ¡Ahora quiero que la paliza con que me han estrenado en la profesión sirva de algo! ¡Continuaré adelante! —

refunfuñó.

—Eso está bien y como buen detective que vas a ser, debes tener en cuenta todos los detalles.

—¿Entre ellos? —preguntó con los brazos cruzados sin mirar a su amigo.

—Pues, que de no matar al caniche, Amely Randall no hubiera oído gritar «socorro», desde el interior del furgón. Al investigar tan extraño suceso, la liquidaron. Muerta en accidente de circulación, dejaba de molestar.

—No irás a creer que un perro gritaba «¡Socorro!», ¿verdad? —inquirió, mirándolo con asombro.

—Sam, te falta imaginación, deducción, sería la palabra correcta.

—¿Para qué?

—Para suponer que el perro saltó hacia el ventanal al oír los ladridos del caniche atropellado en el momento que alguien que estaba dentro del furgón pedía auxilio. Puesta la cara del perro en primer plano, parecería que era él quien gritaba y no alguien que estaba detrás.

—Una bonita historia, pero mejor será que se la contemos al teniente Berner, es decir, que se la cuentes tú, porque yo quiero seguir con mi licencia de detective.

—Descuida, iré a ver al teniente Berner y tú vendrás conmigo cuando pueda hacernos caso pero antes buscaré las pruebas necesarias.

—¿Y cómo piensas obtenerlas?

—Esperando.

—¿Así de fácil?

Chris Sullivan se cubrió la boca ocultando un nuevo bostezo. Luego, repuso:

—Aún tienes que aprender muchas cosas en tu profesión. Ahora, ve a tu casa y duerme. Tendrás que relevarme por la mañana en este puesto.

Sam Farrow se rascó el cogote, perplejo, al tiempo que se dirigía a la puerta.

—Creo que me va a costar mucho asimilar tus métodos de investigación.

—No será tan difícil como supones. Cuando termine mi permiso y regrese a San Diego, verás cómo has aprendido mucho.

—No sé si eres un fanfarrón o un genio, Chris.

—Vamos, Sam, vete a dormir de una condenada vez. De lo contrario, no estarás despejado cuando haga falta.

—Bien, bien.

Fue hasta la percha y recogió su sombrero hongo que hacía más cómica su figura. Se lo encasquetó y se alejó del despacho moviendo la cabeza de un lado a otro.

Dio una rápida mirada a la placa en la que campeaba su nombre y

profesión y con un suspiro en el que había más orgullo que cansancio se dirigió al ascensor pulsando el botón de llamada.

Se fueron encendiendo las luces de señalización de los pisos hasta que llegó al suyo. La doble puerta corredera se abrió automáticamente.

Dentro de la cabina vio a dos hombres. Iban tocados con sombreros de fieltro cuyas alas estaban inclinadas hacia los ojos.

Le miraron sonriendo y Farrow les sonrió a su vez, pero diciéndose que aquellos dos tipos no le inspiraban mucha confianza.

—Buenas noches —saludó y pasó al interior del camarín.

Uno de los individuos pulsó el botón de planta y las puertas se cerraron.

Sam Farrow los observó de reojo y al comprobar que le seguían mirando, les sonrió de nuevo como tratando de alejar un mal presagio.

De pronto, uno de los dos hombres, cuando ambos estaban situados a la espalda del detective, le sujetó por los brazos.

—Eh, ¿qué hace usted? ¡Suélteme! —chilló mientras el ascensor continuaba bajando.

—Estese quieto y facilitará las cosas —le dijo el que le inmovilizaba mientras el otro sacaba una pequeña esponja y vertía en ella el líquido de una ampolleta.

—Eh, ¿qué van a hacer? ¿Quiénes son ustedes? ¡Suéltenme! —gritó.

Mas, nadie habría de oírle. El motor seguía haciendo descender el camarín.

Sam Farrow no destacaba precisamente por su potencia física y una vez más se lamentó de ello. No obstante, trató de hacer algo con sus pies.

—¡Agggg! —aulló el que le sujetaba al sentir el talonazo en la espinilla—. ¡Vamos, acaba pronto con él!

La esponja fue aplicada a la nariz de Sam Farrow en contra de su voluntad.

Resultó inútil su pataleo que se debilitó en breves instantes. Luego, se sumió en una negrura precedida por unos instantes de borrachera, una borrachera que, en un pensamiento relámpago, le recordó el día que se libró de su mujer.

Cuando Sam volvió a abrir los ojos, ignoraba el tiempo que había permanecido inconsciente. Parpadeó ostensiblemente, ya que una luz potente le cegaba.

—¿Dónde estoy? —inquirió moviendo la cabeza de un lado a otro.

Al fin, más acostumbrado a la cegadora luz, pudo ver cinco rostros a su alrededor.

A dos de ellos los recordó como a los tipos que le atacaran en el ascensor. En el tercer personaje reconoció al doctor Riker, el cual no parecía muy contento y los dos restantes no sabía quiénes eran.

—Bien, ya está despierto, detective Farrow —habló el de la barba que

no era otro que el doctor Riker.

Sam intentó incorporarse pero solo lo consiguió a medias.

Estaba sujeto de manos y pies a una camilla con gruesas correas. Aquello no le agradaba, le daba la sensación de estar preso en un sanatorio mental y semejante idea le ponía un excitante picor en la raíz de los cabellos.

—¡Suéltlenme, no tienen derecho, suéltlenme!

—Lo haremos cuando nos haya hablado un poco de lo que nos interesa.

—Yo le conozco a usted. No le he visto nunca, pero lo conozco — advirtió Sam, encarándose con el de la barba.

—¿Ah, sí? Bueno, la verdad es que sufriría una decepción si no me reconociera. Salgo en demasiados periódicos para que alguien me ignore.

—Usted es el doctor Riker.

—Exacto, pero como dicen en la radio, no hay premio; lo siento.

—Ah, entonces Chris tiene toda la razón. Usted está cometiendo algo sucio, por eso me han raptado.

—Supongo que ese Chris es el de la Military Police, ¿no?

—Lo conoce, ¿eh? Él les va a zurrar en la badana y de lo lindo. Por suerte, no es tan incauto como yo.

—No se haga ilusiones, amigo Farrow. Su amigo no conseguirá nada y tendrá que regresar a su destino con las manos en los bolsillos.

—No, en cuanto se dé cuenta de mi rapto, me buscará. Donde estoy no lo sé, pero él me buscará.

—Es usted muy ingenuo, Farrow. Él no le buscará porque ni se enterará de que lo han raptado.

—¿Ah, no? ¿Y qué va a pensar de mi ausencia?

—Ese detalle se lo explicaré luego cuando hayamos terminado el interrogatorio. Como se habrá percatado, está en mis manos. Puedo hacer con usted lo que me parezca y le prevengo que tengo mil y un sistema para hacerle hablar.

—¡Resistiré! —advirtió decidido.

El primero en reírse fue el doctor Riker. Los demás le secundaron, aunque Martin Schroeder no parecía muy dispuesto a reír.

—No sea imbécil, Farrow. Como le he dicho antes, puedo torturarlo, pero no lo haré. No soy un sádico pero sí práctico.

—Entonces, ¿qué va a hacerme?

—Inyectarle pentotal. Me dirá todo lo que le pregunte.

—¡No le diré nada, nada!

—Houston, inyéctale. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

Houston preparó la aguja hipodérmica y Sam le siguió con la mirada mientras su boca esbozaba un gesto de desagrado y susto.

Caryl Houston le subió la manga y aproximó la aguja al brazo de Sam.

—¡Espere, espere! ¡No, no hace falta que me pinchen! Nunca me han

gustado las agujas hipodérmicas y ahora menos...

—Veo que aún conserva un gramo de inteligencia, amigo Farrow.

—Como me harán hablar lo mismo, se lo diré sin pinchazos.

—Perfecto. Comience por contarnos el por qué han metido las narices en lo que no les importa.

—Verá, fue cuando una mujer, Amely Randall...

—Sí, la estúpida del chucho atropellado —aclaró Schroeder.

—Bien, Farrow, va bien, pero le advierto que si miente en algo se va a arrepentir y pronto, porque no tardaré en comprobar cuanto me diga.

—¡Yo no miento!

—Prosiga. ¿Qué le explicó la mujer esa?

Sam relató lo sucedido y, mientras escuchaba, el doctor Riker miraba acusadoramente a Martin Schroeder.

Houston preguntó:

—¿De modo que la policía no ha metido las narices todavía?

—Pues no, pero Chris está seguro de que pronto intervendrá el FBI inclusive y a todos los sentarán en la parrilla eléctrica —amenazó Sam pese a su delicada situación, rodeado por el doctor Riker y sus secuaces mientras permanecía bien sujeto a una camilla y en un lugar desconocido para él.

Fue Riker quien preguntó esta vez:

—¿Tiene alguna prueba su amigo Sullivan?

—Sí.

—¿Cuál?

—No lo diré.

—¡Houston!

—¿Preparo la jeringuilla? —siseó Houston sonriendo y mostrando la hipodérmica a Farrow.

—Sí. Ya que se resiste, lo sabremos todo con el pentotal.

—Esperen, espere... —pidió Sam de nuevo—. La prueba es un bolígrafo.

—¿Un bolígrafo? —repitió el galeno extrañado.

—Sí, un bolígrafo del Rangers Politécnico. Como de allí habían desaparecido dos chicos y Chris está convencido de que los raptaron dentro del furgón de la institución...

—¿Y dónde encontró ese bolígrafo? —preguntó Martin Schroeder preocupado.

—Dentro del furgón después de ser sacado del río. Chris tiene vista de lince y no se le escapa nada. Por eso estoy seguro de que acabarán todos en la parrilla.

El doctor Riker dejó de prestar atención al detective y se encaró con Schroeder.

—Has cometido demasiadas torpezas. Has puestos a estos tipos tras de nosotros y por poco lo echan todo a rodar.

—Todavía no hay nada que no se pueda arreglar —se apresuró a responder Schroeder.

—Rockson —interpeló Riker a uno de sus hombres, sin siquiera mirarlo.

Este desenfundó una «Parabellum» del calibre 38 con la que apuntó al chofer.

—¡Espere, doctor! ¡Yo le he servido en todo lo que ha querido y no hay nada irreparable! ¡Haciendo desaparecer a este tipo y al otro...!

—No hables más, estúpido. Por tu culpa nos vemos ahora en aprietos. Es cierto que no son insolubles, pero eres un torpe, un descuidado y hasta estoy seguro de que la doctora Haner descubrió el modo de llegar hasta aquí por una distracción tuya.

—¡No, seguro que no! ¡Puede haber sido cualquier otro! —balbució suplicante, notando que su garganta se reseca. En ocasiones anteriores había visto aquella mirada helada en el doctor Riker y sabía lo que ello significaba—. ¡No sucederá nada, nada!

—Eso es seguro. Aún tengo el control de todo y no voy a permitir que un par de entrometidos derrumben mis planes para el futuro, quizá el dominio de países enteros. Sin embargo, tú eres un torpe que solo pone obstáculos y he de prescindir de ti.

—¡Me iré, me iré lejos de aquí, nada sabrán de mí o si quiere, me quedo escondido aquí!

—Rockson, termina esta escena antes de que este estúpido se ponga a lloriquear.

Martin Schroeder trató de correr hacia la puerta en una huida desesperada, pero sonaron dos detonaciones secas. Alcanzado en la espalda, fue empujado contra la pared embaldosada y aséptica.

El pobre Sam Farrow no estaba muy contento en su posición, atado a la camilla y después de ver asesinar al chofer tan fríamente.

—No irán a hacer lo mismo conmigo, ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz.

El doctor Riker le miró. Sonrió y luego ordenó a Rockson:

—Llévatelo. Ya sabes lo que has de hacer.

—Sí, claro. ¿Utilizo *whisky*?

—No, este tipo no tiene aspecto de bebedor y podría extrañar que se hubiera emborrachado.

—No, claro, nunca me embriago —se apresuró a aclarar Farrow.

—Pero sí puedes ser un imbécil que se ha metido donde no debe y tú ya me comprendes, Rockson.

—Sí, doctor —asintió el sicario guardándose la «Parabellum» con el cañón todavía caliente.

—Vosotros, llevad a Schroeder al cilindro crematorio.

—Será quien lo estrene —indicó Houston.

—Sí, dentro de ese cilindro, a dos mil grados de temperatura, nada va a quedar de Schroeder ni de los que le sigan. Ese cilindro crematorio, con purificador de gases que podrían delatarnos, desintegrará todos los desperdicios orgánicos de nuestra clínica fantasma. Ni ese entrometido de la Military Police ni el FBI podrán descubrirnos y si lo hacen más tarde, ya procurarán los personajes más importantes del mundo que no se nos toque ni un solo cabello.

Houston y el que le había acompañado en el rapto de Farrow, fueron hasta Schroeder y, cogiéndolo por los talones, desaparecieron del corredor, dejando un rastro de sangre.

—Con un poco de cloroformo tendrá suficiente. Aún debe conservar parte del que le han proporcionado Houston y Barry.

—Sí, Rockson, que no se te escape la mano. Interesa que cuando le hagan la autopsia no le encuentren cloroformo en el cuerpo. Debe parecer un accidente.

Farrow vio con terror cómo Rockson tomaba una esponjita y vertía en ella una reducida cantidad de cloroformo.

—¡Suéltense! ¿Qué van a hacer conmigo? ¡Asesinos, asesinos!

Fue inútil que Sam Farrow empleara todas sus energías para zafarse de las correas que lo sujetaban a la camilla e inútil también el que moviera la cabeza de un lado a otro.

—¡Estate quieto, gordinflón! —gruñó Rockson.

Al fin, lo agarró por los cabellos y aplicó la esponja a su nariz. La visión comenzó a enturbiársele rápidamente.

Dos cosas fueron lo último que vieron los ojos de Farrow: La potente luz de la lámpara y el rostro de Riker que le dijo sonriente:

—Buen viaje al infierno, detective Farrow.

Después no vio nada más, ni se enteró de que comenzaba a roncar ruidosamente.

Rockson poseía una fuerte constitución física, por ello no tuvo dificultades en sacar el cuerpo inconsciente de Farrow del edificio central de la institución Riker.

Después, lo introdujo en su coche que guio rápidamente hacia Fullton Street, donde se ubicaba la nueva oficina del detective.

Detuvo el automóvil en una calle vecina y luego llevó a Farrow al edificio como si este fuera un borracho. No había nadie en el *hall* y logró dirigirse al ascensor sin contratiempos.

—Pesas como un plomo, gordinflón —gruñó Rockson dejándolo caer sobre el piso del camarín.

Sam Farrow seguía dormido cuando el ascensor comenzó a elevarse, deteniéndose justo en el piso diez, donde radicaba su oficina.

Las puertas se franquearon y Rockson arrastró el cuerpo del detective hasta el corredor en el que se abrían una docena de puertas. No había

nadie.

Lo dejó roncando y regresó al interior del elevador. Pulsó el botón correspondiente al piso once y la cabina se desplazó hasta dicho piso.

El sicario de Riker salió del ascensor, dejándolo en la planta once y, rápidamente, bajó la escalera hasta el piso diez.

Extrañado observó que Sam Farrow no estaba donde lo dejara, sino que se hallaba estirado frente a la puerta de su oficina.

—Chris, Chris... —llamaba sin mucha fuerza.

—Estúpido, ¿ya has despertado? Tendré que largarte con rapidez —masculló Rockson.

Fue hasta el ascensor y sacando una ganzúa la introdujo en un pequeño hueco situado en el dintel de la doble puerta. Manipuló con ella haciendo que las hojas se separaran y el hueco oscuro y letal del ascensor quedó al descubierto. Había utilizado la cerradura de emergencia.

Ya franqueada la puerta, se volvió hacia Farrow y lo cogió por un pie tirando de él.

—¡Chris! —chilló con más fuerza al percatarse de lo que iba a sucederle.

Ya estaba en el borde del vacío, de la muerte, del infierno al que le destinara el doctor Riker, cuando se abrió la puerta de la oficina.

El rubio Chris Sullivan apareció en su umbral con la corbata suelta, pues al parecer había estado descansando un poco en una butaca.

—¡Chris, me matan! —chilló Sam.

El teniente de la Military Police saltó adelante.

Rockson, al verse sorprendido, sacó su arma e intentó disparar contra su inesperado enemigo. Más, un golpe con el canto de la mano de Sullivan en su muñeca hizo que la pistola se precipitara al vacío.

Al verse libre, Sam Farrow se agarró a la jamba de la puerta del ascensor, estando a punto de caer por el hueco. Más de cien pies abajo le esperaba una superficie dura de hormigón y unas poleas que en la caída habrían de destrozar su cuerpo.

—No podrás evitarlo —gruñó Rockson encorvándose hacia delante.

Sullivan y el sicario del doctor Riker intercambiaron unos golpes. Chris tuvo que encajar uno que lo proyectó contra el hueco del ascensor.

Sus manos se alzaron para engarfiar sus dedos en el saliente del dintel de la puerta, cuando Rockson se abalanzó sobre él, con la cabeza por delante para rematarlo empujándolo al vacío.

Chris Sullivan efectuó un movimiento gimnástico, jugándose la vida a cara o cruz, pues los dedos no tenían mucho lugar para sujetarse.

Se echó hacia atrás y abanicando el vacío con los pies, dejó pasar a Rockson y su embestida.

Al sentirse en el vacío, sin poderse coger a ninguna parte, burlado por el movimiento desesperado de Sullivan, el asesino lanzó un grito

infrahumano que se cortó rápidamente al chocar su cráneo contra la pared opuesta a la puerta.

Luego descendió vertiginosamente, escuchándose instantes después un golpe sordo y la vibración de los cables que se movieron como las cuerdas de una guitarra en una canción trágica.

Chris Sullivan miró hacia el fondo. No se veía nada, todo era oscuridad.

Saltó adelante con suma precaución procurando no resbalar y luego palmeó la espalda de Sam Farrow, quien le miraba con el miedo pintado todavía en sus ojos.

—No temas, Sam, te has librado de nuevo. Ahora, hasta la próxima.

—¿Habrás próxima vez? —balbució, tragando saliva dificultosamente.

—Sin duda alguna. Has elegido una profesión que tiene estos riesgos. ¿Acaso creías que todo consistía en salir en los periódicos y estar rodeado de chicas con los ojos llenos de admiración? Vamos, adentro. Explícame todo lo que te ha ocurrido. Creo que esta vez sí tenemos que llamar al teniente Berner.

CAPÍTULO IX

Houston miró a través de la ventana que había en el quirófano de la institución Riker.

Vio un automóvil de la policía acercándose a la puerta. Se detuvo un instante en ella y luego pasó al interior del centro.

El doctor Caryl Houston, que no podía hacerse llamar como tal, pues le había sido retirado el título de galeno, abandonó el quirófano y bajó las escaleras rápidamente despreciando el ascensor por considerarlo más lento. Como una tromba, entró en el despacho de la dirección.

El doctor Riker, sentado tras la suntuosa mesa, le miró entre sorprendido y grave. Había reproche en su mirada por la forma de actuar de Houston.

—¡Doctor Riker, la policía, la policía está aquí!

—Ya lo sé, Houston, me lo han comunicado por el teléfono desde la entrada. Ahora, hazme el favor de serenarte. Sería estúpido que te vieran nervioso.

—Pero ¿no teme a la policía?

—No. ¿Por qué habría de temerla? Nadie sabe nada, no van a encontrar nada aquí. Seguramente se tratará de una visita casi de cortesía. Ten serenidad, nada va a ocurrir. Siempre he sabido el juego que tengo en la mano y jamás me he equivocado. Si no sabes contenerte, escóndete. Una torpeza no habría de perdonártela. Los momentos son delicados y hemos de ir con más tiento que nunca.

Barry, el que acompañara a Houston en el rapto de Farrow, entró en el despacho previo unos breves golpes. Cuando lo hizo, cambió una mirada de inteligencia con su jefe el doctor Riker.

—La policía quiere hablar con usted, doctor Riker.

—¿La policía? —preguntó en voz lo suficientemente alta para ser oído desde el exterior—. No habrá sucedido nada anormal, ¿verdad? Diles, diles que pasen.

El grupo lo componían el teniente Berner, un sargento, Sam Farrow que lo miraba todo con recelo y miedo y Chris Sullivan, el teniente de la MP.

—Buenos días, señores. ¿A qué debo el placer de su visita? —preguntó Riker levantándose de su asiento.

—¿Es usted el doctor Riker? —preguntó el teniente Berner.

—¡Sí, él es! —señaló Sam excitado—. ¡Y ese es Houston y el otro, ya se lo he dicho, fue uno de los que me raptaron en el ascensor!

Chris Sullivan observó las reacciones de los rostros del doctor Riker y Houston, pero en ambos encontró la más absoluta frialdad e indiferencia.

Houston estaba siguiendo a la perfección las órdenes de su maestro.

—¿Qué le ocurre a este hombre? Parece un perturbado.

—¿Perturbado yo? —repitió Farrow—. ¡Si no llega a ser por la intervención de mi amigo, ahora sería un cadáver! —gruñó, sintiéndose protegido por la presencia de Sullivan y de la policía.

En el coche habían quedado aguardando dos agentes de uniforme.

—Déjeme, déjeme ver sus ojos —pidió el doctor Riker rodeando la mesa y encarándose con Sam Farrow.

Este se echó atrás protestando:

—¿Qué es lo que pretende?

—Solo observarle un instante —dijo Riker mientras el teniente Berner, el sargento y el propio Sullivan permanecían en silencio observando.

—¡Suélteme, no se acerque!

—Amigo mío, sufre usted un evidente «shock» traumático cerebral. Convendría que visitara a un neurosiquiatra y que le hicieran un electroencefalograma. Veo golpes en su rostro, probablemente debidos a una caída o accidente de automóvil y podría ser que tuviera algún ligero hematoma tras la capa ósea craneana. Por supuesto, es un diagnóstico gratuito y superficial el que le hago. Sin embargo, créame, visite a un buen especialista. Él le sacará de este estado de nervios y excitación en que se encuentra —luego, con toda naturalidad y un aplomo que dejó atónito al propio Sam Farrow, se encaró con los demás—. Ahora, si pueden decirme el motivo de su visita... Por cierto, a usted le conozco —dijo dirigiéndose a Sullivan.

—Sí, nos hemos visto en otra parte.

—Sí, es cierto, ahora recuerdo. Creo que fue en casa de la doctora Haner.

—Así es —admitió Sullivan—. Por cierto, ¿podría decirle que deseo saludarla?

—Lo siento, pero la doctora Haner no está aquí. Como usted sabe, recibió un fortuito golpe en la sien cuando tuvo un desvanecimiento en medio de una operación y descansará por unos días de su labor en la dirección de este centro.

—Doctor Riker, soy el teniente Berner de la Metropolitana. Este es el sargento Morris y al teniente de la Military Police, Chris Sullivan, ya lo conoce.

—Bien, ¿y el enfermo? Bueno, me refiero...

—Sí, ya —admitió el teniente Berner—. Es un detective privado llamado Sam Farrow y dice que por orden de usted le han golpeado e intentado matarle.

—No me diga, teniente. Este hombre me ha parecido grave, pero no tanto.

—¿Está llamándome loco? ¡Es un asesino! Yo vi cómo liquidaban al

chofer y, ¿qué me dice del tipo que quería arrojarme por el hueco del ascensor?

—Francamente, no sé de qué me está hablando. ¿Ustedes sí, caballeros?

—Yo sí —concretó Sullivan.

—¿Sí? —repitió irónico, con un asombro que parecía verídico—. Entonces, explíquemelo. No entiendo nada y sentiría que continuáramos todos aquí perdiendo el tiempo. Arriba lo tengo todo preparado para efectuar una de mis prácticas con animales de la institución y no quisiera perder el tiempo.

—¡Es un sádico asesino, un hombre que hace matar a sangre fría!

—Conténgase, Farrow —ordenó el teniente Berner.

Sullivan explicó:

—Doctor Riker, anoche yo salvé a mi amigo el detective Farrow de ser asesinado.

—¿Ah, sí? Es muy interesante lo que me explican. Parece que va de veras, pero, por favor, tomen asiento y fumen —les ofreció una caja de cigarrillos abierta.

—Nosotros tampoco deseamos perder el tiempo, doctor Riker. Mi amigo no sueña ni sufre alucinaciones. Alguien que ha sido plenamente identificado por el teniente Berner como Rockson, un hampón, un «killer» a sueldo...

—Es cierto. Encontraron a Rockson destrozado en el fondo del ascensor —asintió el policía.

—Vaya, tuvo mala suerte ese sujeto del que hablan.

—¿No lo conoce? —preguntó Berner achicando sus ojos azulados.

—¿Yo, conocerlo? ¿Y por qué habría de conocerlo, teniente? No me trato con delincuentes.

—No hace falta que continúe, doctor Riker. Es verdad lo que dice, pero yo tengo que comprobar la denuncia formulada por el detective Farrow y apoyada en una parte por el teniente Sullivan.

—¿Y en qué parte la apoya, teniente Sullivan? —preguntó Riker.

—En la parte que yo tuve que ver salvando la vida de mi amigo y dejando que el tal Rockson se estrellara en el vacío.

—Debió ser un acto de valor y amistad. ¿Y por qué dicen que quería arrojarse por el hueco del ascensor?

—¡Es un cínico, teniente! —acusó Sam—. ¡Él se lo ordenó y ahora niega hasta conocerlo!

—Detective Farrow, creo que está usted agotando mi paciencia —advirtió Riker poniéndose serio—. Yo no conozco al tal Rockson ni creo haberlo visto en mi vida, a no ser que haya pasado por una de mis consultas como paciente. De modo que si no puede demostrar tal aseveración con pruebas, sería mejor que dejara de ponerse histérico y molestarme.

El teniente Berner permanecía grave, mirando a unos y a otros como indeciso sobre lo que debía hacer.

El sargento le miraba a su vez, esperando órdenes y Sullivan buscaba con la mirada algo que pudiera delatar a aquel gran cínico llamado Riker.

—Hay una cosa que puede probarse, doctor Riker —dijo Sullivan.

—¿El qué?

—La muerte y desaparición de Martin Schroeder, su chofer. Sam Farrow asegura que después de matarlo a balazos se lo llevaron a algún horno crematorio para hacerlo desaparecer.

Riker estalló en una carcajada que convenció al teniente Berner y a su sargento.

—Por Dios, caballeros, esto ya es grotesco. Matar a balazos a un chófer y hacerlo desaparecer en un horno crematorio...

—¡Sí, y ese horno es de usted! —acusó Sam.

—¿Mío? Pues, búsquelo, porque, que yo sepa, no tengo ninguno de mi propiedad.

—Doctor Riker —interpeló Sullivan sin secundar la risa del propietario de la institución—, no nos ha aclarado el paradero de Martin Schroeder.

—Pues, la verdad es que lo ignoro y tampoco tengo por qué saberlo. Le despedí de esta institución.

—¿Y por qué lo despidió? —preguntó el teniente Sullivan.

—Porque resultó incompetente. Robaron el furgón del centro y con él cometieron un atropello y no sé qué más. Todo por no dejarlo en el lugar correspondiente.

—¿No le ha dicho Schroeder hacia dónde ha ido ahora?

—No. No tengo ni idea.

—Sin embargo, pasaremos por el apartamento de Schroeder para revisar e investigar este punto.

—Como gusten, pero les recuerdo que Schroeder no pertenece ya a esta institución y que cualquier cosa que haga o deje de hacer, nada tendrá que ver con el nombre Riker.

—Lo tendremos en cuenta.

—Bien. Ahora, si no es mucho pedir, aparte de querer involucrarme en esas acusaciones del detective Farrow, ¿qué les espolea, teniente?

—Verá, mi obligación es investigar la muerte de Amely Randall. Fue el furgón de esta institución el arma homicida y es lógico que averigüe, ¿no le parece?

—Sí, es cierto, pero creo que eso ya se ha tratado. Fue un ladrón de automóviles, ¿no?

—No. Según la opinión del teniente Sullivan no fue así. Quien mató a Amely Randall fue Martín Schroeder.

—¿Existe algún testigo? —preguntó Riker.

—No, pero las suposiciones del teniente Sullivan...

—Creo que ya está bien de suposiciones, teniente Berner. Les he dado muchas facilidades y me temo que habré de telefonear al *sheriff* del condado para que me dejen tranquilo. Les advierto que es gran amigo mío.

—Haga lo que le parezca, doctor Riker. Sin embargo, le vamos a molestar un poco más. Queremos efectuar un registro.

—¿Un registro? —repitió Houston, achicando las pupilas.

—Sí, eso he dicho, un registro.

—¿Qué espera encontrar, teniente Berner? —preguntó el propio Riker.

—El lugar que Sam Farrow pueda identificar como el que fue utilizado para su rapto relámpago, el horno crematorio y quizá algo más.

—¿Y qué más, teniente Sullivan? ¿Es que su fantasía aún llega más lejos?

—Sí, y creo que será mejor comenzar el registro cuanto antes.

—Supongo que se habrán traído una orden de registro, porque de lo contrario...

—Aquí la traigo —dijo el teniente Berner sacándosela del bolsillo y tendiéndosela al propietario de la institución canina.

—Bien, está en regla. En fin, no puedo evitar que revisen mi institución, por otra parte catalogada como modelo, pero le advierto, teniente Berner, que hablaré de esto al *sheriff* del condado y es posible que no le agrade mi queja, es decir, su actuación por dar excesivo crédito a quién no lo merece.

El fornido irlandés de cabeza cuadrada y recia replicó severo:

—No me asustan las amenazas de nadie, doctor Riker.

—Bien, usted sabrá lo que hace. Houston, acompáñalos en el registro. Yo debo proseguir mi trabajo.

—De acuerdo, doctor. Comenzaremos por el quirófano.

—Sí, y lleve usted todas las llaves —indicó Sullivan—. No ha de quedar puerta cerrada a nuestra vista.

Comenzó el registro pero, aparte de contemplar unas instalaciones modelo, no hallaron nada anormal. Incluso, revisaron las jaulas de los perros.

Chris Sullivan no disimulaba en golpear tabiques y suelos en busca de algo hueco.

—No va a encontrar nada, teniente Sullivan. Aquí no escondemos nada —dijo Houston con sorna.

—Es posible que nada tengan que ocultar, pero es demasiado significativa la protección de ese muro con cable de alta tensión encima. ¿Para qué lo han puesto alrededor de la institución, para que los gatos no molesten a los perros?

—Muy irónica su observación —aceptó Houston.

—Pero, es verdad —se apresuró a decir el teniente Berner.

—Yo juraría que me trajeron aquí —dijo Farrow convencido—. Era una

clínica, estoy seguro. Me pusieron sobre una camilla y las paredes estaban embaldosadas.

—Tendría que llevarnos a los sótanos del edificio —indicó Sullivan.

—Lo siento —replicó Houston.

—¿Por qué? —inquirió el teniente Berner.

—Porque no hay sótanos, ni siquiera carbonera. Para la calefacción se utiliza *gas-oil* y está en un depósito encerrado. No hay nada debajo del edificio.

—No va a convencerme del todo, Houston —advirtió Sullivan—. También mi amigo Farrow le ha reconocido y usted ha negado conocerle.

—Puede haberme visto en la calle o en cualquier otra parte, no sé, es difícil de discernir, pero lo que yo puedo asegurarle es que no lo he visto en mi vida.

—Está bien, sigamos —indicó el teniente Berner.

Registraron toda la institución.

Sullivan hubo de convencerse de que nada podían descubrir y así lo admitió.

—En fin, veo que nada vamos a sacar en claro. Tendría que ser un golpe de suerte.

—¿Aún no se convence de que su amigo ha sufrido alucinaciones con respecto a este instituto?

—Lo habría creído así de no verlo al borde de la muerte. Ahora, despídanos del doctor Riker, pero adviértale que Chris Sullivan no se da por vencido.

—Como quiera, así se lo diré —asintió Houston—. Cada cual es libre de perder su tiempo como le plazca, claro que sin molestar al prójimo.

El automóvil policial abandonó el centro tras su infructuoso registro. Dentro del coche, el teniente Berner se lamentó:

—Ahora tendré que soportar el chaparrón de mis superiores.

—No se preocupe, teniente Berner. Este juego no ha terminado.

—¿Ah, no? ¿Cree que se puede encontrar alguna otra cosa?

—Sí. Ha hecho bien en salir desilusionado de la institución Riker.

—¿Trata de tomarme el pelo, teniente Sullivan?

—No, todo lo contrario. Estoy convencido de que ocultan algún lugar secreto e ignoro con qué fines. Antes tenía sospechas, pero ahora me dejaría cortar el cuello.

—Y yo también —corroboró Sam enfurruñado, cruzándose de brazos.

—Me hubiera desilusionado el doctor Riker si en este registro hubiéramos descubierto algo. Ese hombre es muy listo, teniente Berner. Si algo tiene que ocultar, habrá tomado todas las medidas de precaución para protegerse, inclusive la muerte de Schroeder, considerado por él como un torpe obstaculizador de sus planes.

—Pero ¿cuál es su plan ahora, Sullivan? Le advierto que no puedo

permitirme el lujo de ir molestando a principales personalidades de la vida neoyorkina para luego irme de vacío y casi pidiendo excusas.

—El doctor Riker tomará ahora toda clase de precauciones. Sin embargo, no se librará de cierto nerviosismo por muy templados que tenga sus nervios.

—¿Espera que se delate él mismo?

—Él quizá no, pero alguno de sus colaboradores, por miedo, sí. Ahora se sentirán acorralados y sería conveniente que, para ponerlos nerviosos...

—Yo pusiera a algunos de mis hombres para seguirles y vigilarles, ¿no?

—Exacto, pero dejándose ver un poco para inquietarlos más.

—De acuerdo, Sullivan, pero este trabajo solo podrán hacerlo durante tres días. Si en este plazo no han conseguido nada tendré que buscar al asesino de Amely Randall en otra parte.

—Tres días me bastan, teniente. Serán más que suficientes para hacer saltar los nervios de los secuaces del doctor Riker. Por otra parte, yo les provocaré más abiertamente.

—¿Quiere convertirse en carnada?

—Sí. Seré un cebo molesto que les obligue a devorarme.

—La verdad es que el tal Riker no me cae simpático y me inclino a sospechar de él aunque no haya pruebas en su contra. Si es cierto lo que ustedes sospechan, tenga cuidado, teniente. Su vida va a valer muy poco.

—De acuerdo. Ahora, si no les es molestia, ¿podrían dejarme en la calle 124?

El chofer policía tomó nota de la dirección y se dirigió a ella.

Chris se despidió de los policías e incluso de Farrow que continuó en el coche hasta la comisaría para formalizar su denuncia.

Chris Sullivan subió al apartamento de las hermanas Haner y llamó al timbre.

Escuchó unos pasos suaves, que otro oído no hubiera captado, y la puerta no tardó en abrirse apareciendo el rostro de Valery con la frescura de su juventud.

—Hola, teniente. No te esperaba ya. Después de cómo te fuiste el otro día...

—Hola, cariño. ¿Está tu hermana?

—¿Vienes a verme a mí o a ella?

—A las dos, cariño, a las dos. ¿Puedo pasar?

—Está bien, pero lo que tú quieres es ver a Victoria.

—No, a tu hermana quiero oírla y a ti verte.

—Hum, está bien, pasa.

Sullivan penetró en el apartamento y caminó hasta la cómoda y bien cuidada salita.

—De momento tendrás que conformarte con hablar conmigo, Chris. Mi hermana está como un tronco en su cama.

—¿Falta de sueño?

—Sí. Se ha tomado unos somníferos que harían dormir a un elefante.

—¿Cómo está de su herida en la sien?

—Físicamente bien, pero dice que ha sufrido muchas pesadillas monstruosas. Se ha puesto a llorar y todo. Creo que está pasando una crisis nerviosa.

Sullivan se dejó caer en el sofá e hizo un movimiento significativo con su mano para que la fémina se acercara. Esta obedeció, sentándose junto a él.

—Estás muy bonita hoy, Valery.

—Bah, eres un cuentista. No me haces caso —protestó ella.

Él la cogió suavemente y la aproximó hacia sí buscando los labios color cereza de la muchacha. Estos intentaron escapar varias veces hasta que cayeron dominados por la boca del hombre. Los grandes ojos verdosos se cerraron.

—¿Lo ves, cariño? Me gustas, pero resulta que ahora hay otros asuntos más imperiosos que tratar.

—¿Más imperiosos que besarse? —preguntó ella en un susurro.

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Hablar de tu hermana.

—¿Qué le sucede a Victoria? Si está durmiendo...

—Tu hermana corre peligro de muerte —dijo para llamar la atención de aquella muchacha que sentía temblar bajo sus manos. Realmente le gustaba. Le agradaba su belleza, su juventud y su forma de ser.

—¿Peligro de muerte? —repitió apartándose ligeramente de él y parpadeando sorprendida.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por el doctor Riker.

—¿Qué le sucede al doctor Riker?

—Pues que no es un tipo de fiar y me temo que está jugando muy sucio.

—¿Con qué?

—Presiento que con el rapto de jóvenes estudiantes.

—¿Y para qué habría de raptarlos? ¿Piensa pedir rescate a sus padres? Te advierto que Walter, uno de los chicos desaparecidos del Rangers, no tiene padres.

—Creo que tu hermana sabe lo que ocurre, por eso sufre alucinaciones.

—¿Quieres decir que está metida en lo que tú llamas sucios manejos del doctor Riker?

—No creo que esté metida —dijo sin saber a ciencia cierta la parte que correspondía a Victoria Haner en todo aquel desagradable asunto. Sin

embargo, no le interesaba despertar la hostilidad de Valery—. Opino que ella sabe algo, quizá el golpe en la sien fue *exprofeso* y por eso tiene ahora pesadillas.

—Chris, me parece que en vez de oficial de la Military Police deberías ser novelista; tienes una imaginación muy fecunda.

—Si te prestas a un juego, te demostraré que no.

—¿Un juego, de qué clase?

Sullivan sonrió para quitar dureza a lo que iba a pedirle.

Se le acababa de ocurrir una idea que podía acelerar los acontecimientos y la ocasión se le brindaba propicia si lograba convencer a la joven.

—Verás, en principio, mi opinión es que tu hermana sabe algo.

—Pero ¿algo de qué?

—Pues del asesinato de una mujer y de la desaparición de jóvenes en los distintos centros donde interviene el doctor Riker.

—Bien, continúa. No sé si estás loco o estoy soñando pesadillas como Victoria.

—Mi plan es que tu hermana me cuente lo que ocurre. Si ella habla, escapando al temor que le inspira el doctor Riker, podremos atacarlo y librarla de él.

—¿Y cómo piensas que ella te diga algo, suponiendo que algo tenga que decirte?

—Provocando su temor.

—¿Su temor, cómo?

—Ella duerme ahora bajo los efectos del barbitúrico. Cuando despierte tú puedes estar bien escondida en algún armario o algo por el estilo.

—Chris, temo que quieres ir demasiado lejos.

—En favor de tu hermana, cariño. Escúchame bien... Tú le escribes una nota y yo le digo que has sido raptada por el doctor Riker para asegurarse de su silencio y que si habla vas a pagarlo caro. De este modo, por salvarte y por el amor que te tiene, hablará.

—Pero ¿y si no tiene nada que decir, si no hay nada que ella sepa?

—Entonces le decimos que todo ha sido una broma y soportaré el chaparrón de improperios.

—Lo siento, Chris, no le daré ese disgusto a Victoria. Después de todo, aún eres un desconocido.

—¿Un desconocido yo? —preguntó acercándole el rostro hacia sí y buscando sus labios.

—No, no me convencerás, no daré ese disgusto a Victoria —insistió Valery tenaz.

Él la besó largamente.

CAPÍTULO X

Victoria Haner despertó.

Junto al lecho, sentado en una silla, descubrió a un hombre al que solo había visto una vez en su vida pero del que se acordaba perfectamente. No era fácil olvidar la fisonomía varonil de Chris Sullivan.

Se incorporó y parpadeó ostensiblemente.

—¿Qué hace usted aquí?

—Aguardar a que despierte. Es mala cosa recurrir a los barbitúricos. En un momento de desesperación se corre el peligro de tomar demasiados.

—¿Y a usted qué le importa si los tomo o no? Ahora, márchese. Aún no entiendo cómo ha podido llegar hasta aquí. ¡Valery, Valery!

Pese a su insistente llamada, Valery no respondió y Chris tampoco se movió de la silla ni dejó de observarla con cierta ironía.

—Es inútil que la llame.

—¿Por qué?

—No está.

—¿Adónde ha ido?

—Lo ignoro. Cuando yo he llegado, la puerta estaba abierta y me he permitido el lujo de entrar en el apartamento.

—¿El lujo? ¡Dirá osadía! ¡Puedo denunciarle por ello, aunque siendo de la MP me temo que lo dejarían suelto inmediatamente!

—Es muy posible pero, no se moleste contra mí. Solo pretendo ayudarla.

—¿Ayudarme? —siseó sarcástica—. ¿Y de qué modo, acaso marchándose?

—No, entregándole una carta escrita por su hermana que he encontrado.

—¿Una carta? ¿Dónde está?

—Aquí.

Sacó de su bolsillo un pliego escrito apresuradamente con bolígrafo. No llevaba sobre.

—¿La ha leído?

—Naturalmente. No soy mujer pero sí curioso, como buen policía.

Victoria Haner dio un respingo pero no objetó nada. Tomó la nota y comenzó a leer ávidamente.

—¡No! —exclamó anonadada al terminar la misiva, estallando en un violento sollozo.

—Vamos, calma, su hermana dice que se la ha llevado el doctor. No aclara cuál, pero supongo se trata del doctor Riker.

—¡Sí, él ha tenido que ser!

—Pues, según indica la carta, se la ha llevado para asegurarse de que no hablará pero, ¿qué es lo que no debe decir?

—¡Nada, nada, no tengo nada que decir, déjeme sola!

—No, no la voy a dejar sola, doctora Haner. A mí también me interesa Valery.

—¿Qué le interesa Valery, por qué? —preguntó sorprendida.

—Muy fácil. ¿No ha pensado nunca que Valery es joven, muy hermosa y que cualquier hombre se sentiría dichoso casándose con ella?

—No me diga que usted...

—Sí, me interesa y usted me ayudará a encontrarla.

—Ni lo sueñe —denegó resuelta.

—Antes de que añada una sola palabra más le contaré los últimos sucesos acaecidos con respecto al doctor Riker quien, por lo visto, se siente acorralado. Solo falta desenmascararle para terminar con él.

—¡No quiero saber nada, nada!

—Pues tendrá que escucharme, le agrade o no —dijo enérgico.

Impidió que se levantara de la cama y le explicó lo sucedido a Sam Farrow y el registro practicado en la institución.

—Y después de todo lo que me ha dicho, ¿aún me pide que hable? ¿Es que pretende que asesine a Valery? ¿Ese es el modo que usted tiene de quererla que no le importa arriesgar su vida?

—Su vida la arriesgará si la dejamos en manos del doctor Riker y usted lo sabe. La tendrá junto con los otros estudiantes raptados en varias instituciones.

—¿Cómo sabe que han raptado a estudiantes?

—Yo sé más de lo que el doctor Riker cree. Voy tras sus pasos y le doy mi palabra de que acabaré con lo que esté haciendo. Ahora reaccione y dígame dónde tiene el escondite, cómo se llega hasta él.

Victoria comenzó a llorar presa de una nueva crisis nerviosa. Moviendo la cabeza de un lado a otro denegó:

—No lo sé, no lo sé...

—Sí lo sabe —insistió Chris convencido de estar en el camino acertado.

—¡No lo sé! He tenido muchos sueños, pesadillas y después del golpe confundo la pesadilla con la realidad. Ignoro lo que me ha ocurrido. Quizá el doctor Riker tiene razón y me ha afectado el cerebro.

—No haga caso de los diagnósticos del doctor Riker. Le hizo el mismo a mi amigo el detective Farrow, después de propinarle una paliza y tratar de asesinarle arrojándolo por el hueco del ascensor. Vamos, doctora, tiene que ayudarme. De lo contrario, su hermana saldrá perjudicada y usted quedará involucrada como cómplice del doctor Riker. Valery pensará las cosas más horribles de usted.

—¡No, Valery, no, ella, mi hija, no!

—¿Su hija, ha dicho?

Victoria dejó de llorar instantáneamente, percatándose de lo que había revelado en su histerismo.

—No, no he dicho nada...

—Sí ha dicho, doctora Haner. Usted es joven, pero no tanto, aunque es de las mujeres que siempre serán hermosas aún en la vejez.

—¿Debo agradecer el cumplido?

—Doctora, Valery es muy joven y se le parece a usted. La verdad se expresa en momentos como este. ¿Ella sabe que es hija suya?

—Usted supone demasiado —protestó.

—No es demasiado suponer. Vamos, confíese y no se avergüence de nada. Bastante habrá sufrido haciéndose llamar hermana por su hija durante tantos años. Si ha cometido algún pecado está saldado más que de sobras.

Victoria Haner ocultó el rostro entre sus manos para sollozar amargamente, notando el sabor salado de sus propias lágrimas.

—Fue en la Facultad, en los jardines... Fui atropellada violentamente por un desconocido que jamás he sabido quién era.

—¿Y sus padres?

—Me ordenaron que no dijera nada. A la hora de nacer Valery fuimos a una pequeña población sobornando a un juez de paz y a un médico falto de recursos, Valery pasó a ser mi hermana.

—No se amargue más, doctora. Usted no fue responsable de nada e hizo muy bien.

—¿Muy bien, en qué?

—En no abandonar a su hija y cuidarla. Otra no hubiera obrado como usted. Vamos, reanímese y no se avergüence de esta confesión. Siempre me he dicho un refrán...

—¿Un refrán, cuál?

—Pues que me casaría con una mujer que tuviera una madre hermosa. Las hijas, a la larga, acaban pareciéndose a sus madres y usted es bella.

—Gracias, teniente, creo que le he prejuzgado mal pero, compréndame... Mi situación es horrible.

—¿Me ayudará ahora a desenmascarar al doctor Riker?

—No puedo decir nada. ¿No comprende que la matarán?

—Doctora Haner, si usted no colabora conmigo, ahora mismo voy a telefonear a la policía y le explico lo sucedido a Valery.

—¿A la policía?

—Sí, a la policía y al FBI, porque se tratará de un caso de rapto y es delito federal. ¿Quiere saber lo que harán en cuanto les llame?

—¿Apresarán al doctor Riker?

—Eso es, pero como el doctor es muy astuto, se refugiará en su guarida, guarida que tendrán que rodear y al sentirse acorralado utilizará a sus

prisioneros como rehenes. Entre ellos estará Valery.

—¿Usted no se atreverá a llamar a la policía!

—La llamaré, a menos que usted quiera colaborar y entre ambos tratemos de averiguar lo que sucede con el doctor Riker y rescatemos a sus víctimas si es que no es demasiado tarde, porque piense que no es solo su hija, sino varios muchachos y muchachas inocentes los que están en manos de ese siniestro Riker.

—Está bien, haré lo que diga.

—Magnífico. Empecemos por saber adónde ir.

—No recuerdo bien...

—Saldré a la salita y le daré tiempo a recordar mientras se viste.

—Está bien. Trataré de esclarecer la verdad entre mis pesadillas. La cabeza me duele mucho.

Chris Sullivan pasó a la sala cerrando la puerta tras de sí.

Rápidamente, se dirigió al armario donde escondiera a la joven Valery abriéndolo con cuidado.

La muchacha mantenía sus pupilas bajas y sus mejillas estaban surcadas por lágrimas silenciosas.

—¿Lo has escuchado todo?

—Sí —fue la respuesta queda de ella.

—Lo siento, no pensaba llegar tan lejos, pero si quieres hacerle un favor no le digas que lo sabes. Creía que estaba a solas conmigo.

—Está bien, Chris, seguiré tu consejo.

—Mejor así. Ahora, quédate quieta aquí sin hacer ruido. Después, llama a mi amigo Sam Farrow y explícale lo que ocurre. Él sabrá qué hacer.

Dejó a la chica de nuevo encerrada en el armario para que no fuera descubierta por Victoria, la cual tardó pocos minutos en pasar a la sala donde Chris Sullivan la aguardaba fumando un cigarrillo.

—Estoy plenamente dispuesta a cooperar —dijo—. Creo que he conseguido aclarar mis ideas.

—Magnífico, pronto podremos desenmascarar al doctor Riker.

—Antes dígame que hará lo imposible por salvar a Valery. ¡Prométamelo!

—Doctora, yo le garantizo la seguridad de su hija, lo que no le garantizo es la nuestra si vamos a descubrir al doctor Riker.

—¿Mi seguridad? —quedó pensativa un instante—. Por ahora es lo que menos importa. Lo que usted llama la guarida de Riker está en la institución canina. Siendo la directora del centro, yo le servía sin saberlo como tapadera para sus planes. Me costó mucho descubrirla.

—Pero, ¿dónde está? En un sótano oculto, ¿verdad?

—Sí, pero está muy profundo y protegido por hormigón. Es un lugar muy cuidado, aséptico y con aire acondicionado. El doctor Riker lo ha preparado todo muy bien para sus monstruosidades.

—¿Cuáles son esas monstruosidades?

—No quiero ni imaginármelo porque me horrorizo.

—Está bien, eso lo averiguaremos pronto y no hará falta hacer suposiciones. Dígame cuál es la entrada del sótano.

—Que yo sepa solo hay una y está en el ascensor.

—¿El ascensor? Debí suponérmelo, pero no vi nada anormal en él cuando el registro.

—Cambiaron el cuadro de pulsadores cuando se dieron cuenta de que yo lo había descubierto. Todavía recuerdo —dijo tapándose los oídos con ambas manos.

—¿El qué?

—Los gritos, lamentos, llantos humanos que semejaban llegar de ultratumba.

—¿Vio a los muchachos raptados?

—No, no pude llegar hasta ellos. Debí corlar algún circuito de alarma y me descubrieron. Fue tras abrir una puerta. Luego, apareció un enfermero que me llevó hasta el doctor Riker.

—¿Entonces sufrió el golpe?

—Sí, pero después de verlo a él, sus ojos, ya no recuerdo nada, solo pesadillas.

—Quizá él la preparó para que las tuviera.

—¿Cómo?

—Eso es fácil y usted debiera saberlo. Por métodos físicos, a veces ruidos y luces o por el método más simple de inyectarle una droga en fuerte dosis. No estando habituada a ellas, su cabeza resultaría un laberinto complejo e indescifrable.

—Sí, eso debió ser.

Chris lanzó una ojeada al armario tras el que se escondía Valery y se congratuló que no se moviera.

—Bien, no perdamos tiempo. Usted me llevará ahora al centro.

—¿Ahora? Es posible que el doctor Riker esté allí y si le ve...

—No tema, no me verá. Usted me llevará en el portaequipajes de su coche. Con toda normalidad, bajará del auto y pasará a charlar con el doctor Riker, entreteniéndolo. ¿Me comprende?

—Sí.

—Pues, vayamos. No se arriesgue en absoluto, déjelo todo en mis manos. Si hay pelea, escóndase donde pueda, un armario, un lavabo o cualquier sitio pero no intervenga, ¿de acuerdo?

—Sí, teniente.

—Y que nadie tema por usted —dijo en voz lo suficientemente alta para hacerse oír—. Yo la protegeré como a Valery.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó la mujer desconcertada.

—No, por nada.

Cogiéndola por el brazo, la arrastró hacia la puerta llevándosela materialmente del apartamento.

Fueron a buscar el coche al garaje y Chris, procurando no ser visto, se escondió en el portaequipajes.

Victoria Haner puso el auto en marcha y enfiló hacia el norte del Bronx, lugar donde radicaba la institución canina.

El automóvil pasó raudo por entre el tráfico farragoso de un atardecer en la isla de los rascacielos. Por el puente de la avenida Jerome pasaron a Bronx, no tardando en llegar a la puerta de la institución Riker.

—Hola, doctora Haner —saludó el portero, sin recelar nada—. No creí que viniera tan pronto. Me habían dicho que sufrió un accidente.

—Sí, pero no ha sido nada, ya me siento bien. ¿Está el doctor dentro?

—Sí, doctora Haner.

—Me alegro, quiero verlo.

Le fue franqueada la entrada.

Aparcó el auto en un lugar donde el portaequipajes quedara protegido por una pared de casi tres yardas que servía de soporte a una de las salas del piso superior.

Luego abandonó el volante, pasó hacia atrás y abrió el portaequipajes lo suficiente para que Chris no tuviera dificultades al salir.

En un susurro dijo:

—Ya hemos llegado. Yo voy a ver al doctor Riker. Seguramente estará esperando, pues le habrán dado el aviso de mi llegada desde la entrada.

—Está bien. Siga mi consejo, cuando ocurra algo anormal escóndase y no salga hasta que todo haya terminado.

—¡Por el amor de Dios, teniente, salve a mi hija!

—Descuide, a ella no le sucederá nada. Le doy mi palabra.

Con paso corto pero rápido, Victoria Haner se introdujo en el edificio yendo directamente a su despacho.

Sullivan esperó unos instantes y luego abandonó el vehículo tras asegurarse de que nadie podía verlo.

Con sigilo se introdujo en el edificio de la institución. Desde las jaulas de los canes llegaban algunos ladridos.

Sabía dónde se encontraba el ascensor y le fue fácil llegar hasta él, encerrándose dentro del *camerín*. Luego se encaró con el cuadro de mandos.

Trató de abrirlo, pero no pudo y no había ninguna llave o cerradura, ningún resorte.

«La clave tiene que estar en el cuadro de pulsadores», se dijo.

Intentó hacer girar uno de los pulsadores, pero no lo consiguió.

Sin embargo, al botón rojo donde se leía la palabra «Stop», sí pudo darle media vuelta. Luego, lo oprimió y el ascensor se puso en movimiento. Como estaba en la planta baja y comenzaba a descender, se

dijo que había tenido suerte.

La cabina no tardó en detenerse frente a un corredor embaldosado, limpio, tal como se lo había descrito Sam Farrow y la propia doctora Haner.

Caminó hacia delante y vio varias puertas. De una de ellas partía otro corredor y tenía sobre el dintel una luz roja.

«Esa debe ser la señal de alarma. Tengo que probar».

Se acercó a la puerta. La abrió y retrocedió agachándose para no ser visto a través de los cristales. Quedó quieto, esperando.

Oyó el ruido leve de una puerta al ser abierta. Luego, unos pasos y no tardó en franquearse la doble puerta mientras se daba cuenta de que la luz roja se encendía y apagaba con intermitencia.

Al abrirse la hoja, quedó junto a él un hombre de recia constitución y vestido de blanco, tal como lo describiera Victoria Haner.

—Lo siento, amigo, pero tengo prisa —le dijo, tirando de una de sus piernas.

El enfermero, sorprendido, cayó de bruces.

Se revolvió raudo, pero se encontró con el ariete que Chris Sullivan tenía por puño. Fue alcanzado en el mentón y lanzado contra la pared, golpeándose la nuca contra las baldosas.

«No ha sido un obstáculo muy difícil —se dijo Chris al verlo inconsciente—, pero tengo que darme prisa. La alarma ya está dada».

Prosiguió por el corredor, ya al otro lado de la doble puerta.

Escuchó algunos gritos y pasó a una nave rectangular donde se abrían como una veintena de celdas individuales. Miró a través de una de ellas.

—¡Por Dios, sáqueme de aquí! —le suplicó un joven de no más de veinte años que vestía una especie de pijama blanco.

—Ahora mismo —dijo, abriéndole el cerrojo—. ¡Voy a liberarlos a todos! —anunció.

Todo fueron gritos de júbilo y llantos de alegría.

En la celda siguiente se hallaba una chica, también joven y de buena constitución física, vestida de la misma forma.

—¡Soy libre, soy libre! —gritó el joven estudiante al escapar de la celda.

—Venga, ayúdame a abrir todas las celdas —le apremió Chris.

Súbitamente, sonó una detonación. El estudiante cayó de bruces, alcanzado en la espalda.

Chris se volvió hacia él.

Lo vio en el suelo, alzando todavía su brazo y dejando escapar un jadeo que significaba el fin de su existencia.

—Quietos, teniente Sullivan. Se ha pasado de listo... —advirtió la voz del doctor Riker.

Al volverse vio al médico, a Houston y a otro tipo, todos armados y

encañonándole con sus respectivas pistolas.

—Usted me ha obligado a matar a ese muchacho y, la verdad, lamento su pérdida. Era uno de mis mejores ejemplares.

—Habla usted de esos jóvenes que gritan y lloran en sus celdas como si fueran animales.

—Para mí no son mucho más. La ciencia debe avanzar y alguien tiene que ser sacrificado.

—¡Está loco! ¿Piensa experimentar con ellos como si fueran perros o cobayas?

—No, no pienso experimentar. Es algo mejor, mucho mejor, teniente Sullivan —siseó el doctor Riker, con una sonrisa indescifrable, avanzando hacia el centro de la sala seguido de Houston.

Barry quedó junto a la puerta de entrada.

—¿Mejor? ¿Qué monstruosidad ha llegado a desarrollar, doctor Riker, si es que ahora se le puede llamar doctor?

—La era de los trasplantes ha llegado, teniente. Los hombres más importantes de la raza humana, los mayores políticos, los presidentes, los reyes, los financieros multimillonarios, casi todos son viejos, gastados en sus órganos más principales. Yo, el doctor Riker, y en secreto, por supuesto, podré ofrecerles el agua de la vida, o lo que es lo mismo: el mayor banco de órganos que pueda existir. No habrá que esperar a que nadie se accidente. Serán de primera mano y rigurosamente estudiados científicamente en sus grupos sanguíneos, forma de reaccionar, pulsaciones del corazón, etcétera. Serán unos trasplantes perfectos y los beneficiados pagarán lo que yo pida. Incluso me darán poder y toda la fama que quiera. Cada uno de esos muchachos valdrá lo que pesa y no en oro, sino en uranio. Los he ido escogiendo entre los mejores.

—Es monstruoso lo que está diciendo. Donar un órgano en la muerte para que otro se beneficie, es laudable, pero asesinar para lucrarse, vendiendo retazos humanos, es horrible. Ni con la silla eléctrica podrá usted pagar este crimen.

—Yo no pagaré nada, teniente Sullivan, invierte usted la situación a la ligera. Es usted quien está atrapado y no yo. Todos los restos orgánicos que quiera hacer desaparecer serán introducidos en un horno crematorio en el que cabe un ser humano entero. Usted, teniente Sullivan, se ha ganado un puesto en él. Será la forma de hacerlo desaparecer, aunque, pensándolo bien, es usted un hombre físicamente bien constituido y puede remplazar al muerto en su celda. Quizá alguien de mucha importancia algún día lleve su corazón, su hígado o sus riñones. Quién sabe...

—No, eso no sucederá —advirtió de pronto una voz femenina.

Victoria Haner acababa de aparecer tras Barry con una pistola en la mano.

—¿No te he dicho que te quedaras arriba? —gruñó Riker, furioso.

—Sí, pero he venido aquí abajo a matarte.

Barry la empujó, más no pudo evitar que Victoria Haner disparara. Barry resultó alcanzado en el vientre.

Jugándose la vida, Chris se lanzó contra Houston, empujándolo a su vez sobre el doctor Riker. Ambos cayeron al suelo.

Houston perdió su automática, pero no sucedió igual con el doctor Riker, que se apresuró a apuntar hacia Sullivan disparando sin contemplaciones en el preciso instante en que Houston se incorporaba. Cortó el camino de las balas de su jefe y fue alcanzado en la espalda.

Chris recogió el arma de Houston y desde el suelo disparó perforando el brazo derecho del doctor Riker. La pistola escapó de su mano.

Chris se aproximó y dio un puntapié al arma cuando Victoria Haner se le acercaba armada también con la pistola que Barry no lograra quitarle.

—¡Te voy a matar, monstruo! —sentenció la doctora.

Chris le atenazó la muñeca y le quitó el arma, diciéndole:

—No debe ser usted sino la justicia quien acabe con él, doctora.

Mientras, Riker, cogiéndose su brazo, lloraba de pena más que de dolor.

—¡Mi brazo, me han partido el brazo, es posible que ya no pueda operar más!

—Seguro que no, doctor Riker —dijo Sam Farrow, apareciendo de pronto junto al teniente Berner y Valery.

—¡Valery! —gritó Victoria—. ¡Hermana mía! ¿Estás bien?

—Sí, madre —dijo ella, abrazándola.

El teniente Berner se acercó a Sullivan y le tendió la mano.

—Le felicito. Ha sido un caso extraordinariamente llevado por usted. Pienso comunicarlo, a través de mis superiores, a la jefatura de la M. P.

—Oh, no tiene que felicitarme por nada. Todo el caso lo ha llevado mi amigo el detective Farrow. Yo tengo mucho que hacer en los pocos días que me quedan de permiso —y se acercó a las dos mujeres.

—Pero, Valery, ¿cómo sabes...? —inquirió Victoria, confusa.

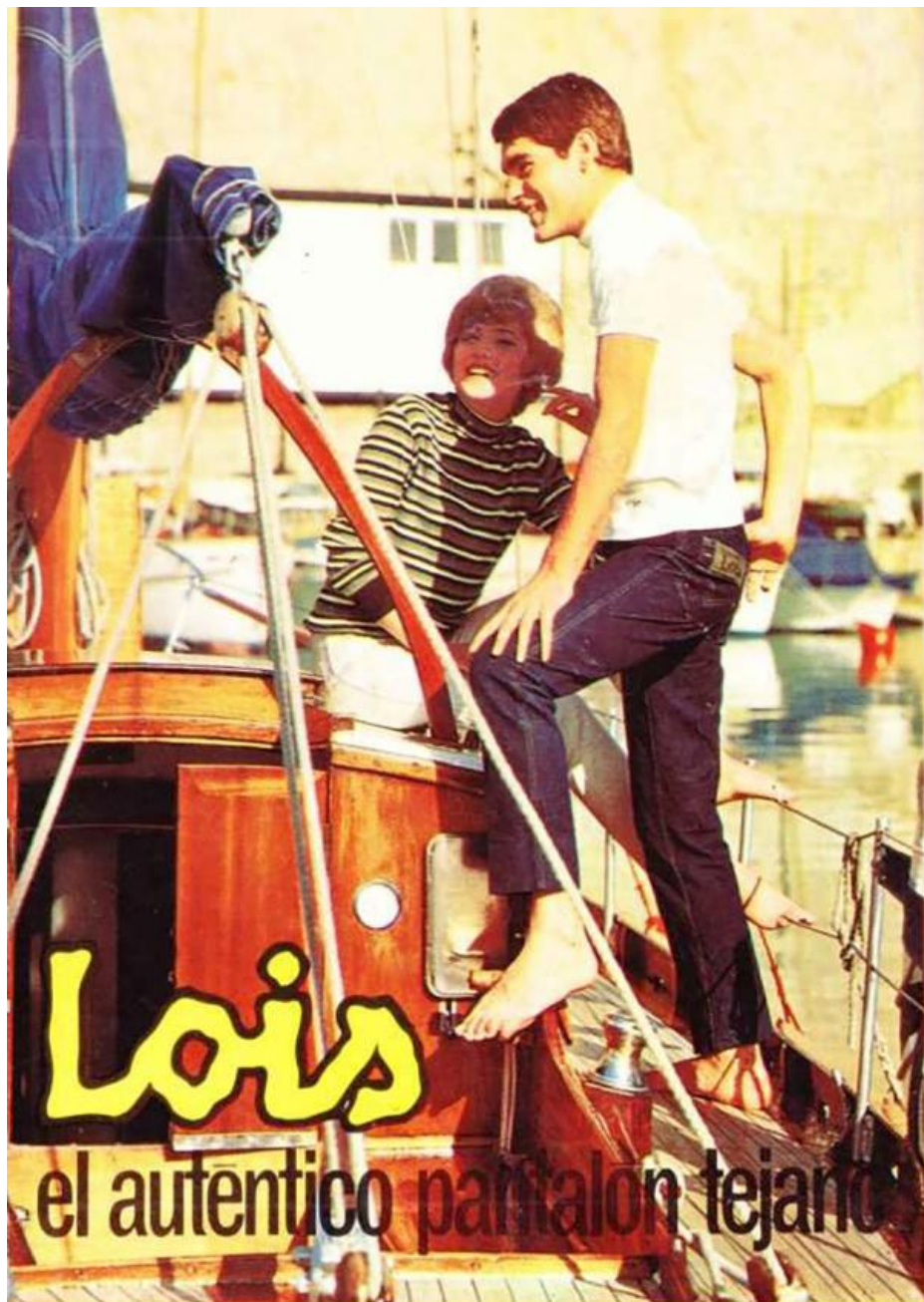
—Algún día te lo contaré, mamá —respondió Valery—. Este no es el momento —miró a Sullivan y agregó—: Creo que él tiene algo que decirte.

—Sí, claro que sí. Ya conoce mi refrán, señora. Solo puedo casarme con la chica que tenga una madre guapa, y ya la he encontrado.

—¡Dios os bendiga! —sollozó Victoria, tratando de abrazar a los dos jóvenes mientras estos se besaban.

Al mismo tiempo, Sam Farrow hundía los pulgares por detrás de los pequeños bolsillos de su chaleco. Con aire suficiente dijo al teniente Berner:

—Ya decía yo que este caso era clarísimo. Todo comenzó con el asesinato de un caniche. Ya le contaré, teniente, ya le contaré... Hasta puede que haga una novela de él y la presente al Premio Pulitzer.



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.